

2429



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTONOMA DE MEXICO

FACULTAD DE CIENCIAS POLITICAS Y SOCIALES

TOTALITARISMO Y PROGRESO:
EL MIEDO COMO FUNDAMENTO DE LA
SOCIEDAD CONTEMPORANEA

T E S I S

QUE PARA OBTENER EL TITULO DE:
LICENCIADA EN SOCIOLOGIA
P R E S E N T A :

GUADALUPE S. MATEOS MARCOS

TESIS CON
FALLA DE ORDEN



UNAM – Dirección General de Bibliotecas Tesis Digitales Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS © PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis está protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

INDICE

INTRODUCCION	1
PARTE 1 <u>EL PROGRESO EN LA SOCIEDAD CONTEMPORANEA</u>	6
CAPITULO 1 Noción del "progreso" durante el siglo XVIII y su mitificación. Móvil formal de la sociedad moderna.	6
CAPITULO 2 Desmitificación e implicaciones del progreso en la actualidad.....	17
PARTE 2 <u>SOBRE EL MIEDO Y LA SEGURIDAD EN LA SOCIEDAD</u>	
<u>CONTEMPORANEA</u>	28
CAPITULO 1 Psicología del miedo y la seguridad.....	30
CAPITULO 2 Miedo personal y colectivo.....	38
CAPITULO 3 El miedo como móvil social.....	43
A. Medios amedrentadores: el miedo como instrumento político	43
MANIPULACION DE LA INFORMACION	44
PROPAGANDA	48
EL RUMOR	53
VIGILANCIA/AUTOVIGILANCIA	57
VIOLENCIA	60
B. El Totalitarismo: terror e intimidación....	64
C. El Horizonte de la Guerra	78
CONCLUSIONES	85
BIBLIOGRAFIA	89

INTRODUCCION

Toda una serie de fenómenos que se manifiestan en la vida cotidiana y en lo que podría considerarse el destino general de la humanidad, ponen en entredicho el concepto de "progreso" tal como se consolidó formalmente con la filosofía iluminista. Lejos de liberar al hombre de los miedos y angustias que generaban la cosmovisión mágica, lo desconocido y el despotismo, lo ha ido esclavizando en otros miedos provocados, paradójicamente, por el desarrollo y perfeccionamiento científico-tecnológico que a la vez ha condicionado formas de dominación más sutiles pero también más efectivas.

Sería muy aventurado decir que la categoría del "progreso" ha desaparecido del espíritu de la sociedad contemporánea, sobre todo porque continúa reafirmandose como elemento legitimador en el discurso político dominante y como motivador en la propia dinámica del quehacer cotidiano, pero es evidente que ha cobrado un nuevo matiz en torno al cual el miedo y las formas de vida en la sociedad contemporánea, han adquirido tendencias y características particulares.

Varios autores, por lo menos los que conformaron la Escuela de Frankfurt y de los cuales parto teóricamente, escribieron mucho acerca del desenvolvimiento paradójico del "progreso", de su mitificación y desencantamiento. En este sentido, el presente trabajo pretende recuperar esta línea teórica general y relacionarla directamente con cierta tendencia de la sociedad industrial contemporánea hacia el "totalitarismo", entendido como

una lógica de dominación a la cual ya los mismos autores aludían -sobre todo Marcuse-, y con la importancia que ha cobrado el miedo como fundamento de esta sociedad, manifestada tanto a nivel de las preocupaciones y angustias más inmediatas de la cotidianidad, como de los peligros latentes que amenazan el devenir de la humanidad tal cual.

Así pues, todo el primer capítulo está dedicado a describir el desenvolvimiento contradictorio del "progreso", desde su mitificación a partir del siglo XVIII como utopía y proyecto de la modernidad, hasta sus desencantadoras implicaciones en la actualidad. Al final del capítulo se incluye tan sólo un leve acercamiento de una discusión que, si bien dibuja sus orígenes desde tiempo atrás, cobra especial importancia a partir de la década de los 70's; me refiero al debate entre "modernidad" y "postmodernidad", que dada la estrecha relación que guarda con la problemática del progreso, me pareció importante dejarla esbozada.

En base a esto, a lo largo de la segunda parte se da un panorama general sobre los significados, las implicaciones y manifestaciones del miedo y de la consecuente búsqueda social de seguridad, pero siempre acercándose a la experiencia de la sociedad contemporánea. De esta manera, al principio de esta segunda parte, y sin pretender hacer un análisis profundo, se habla en torno a algunos aspectos psicológicos que envuelven la experiencia de la intimidación, así como de sus vivencias y de las reacciones personales y colectivas que provoca.

Como una introducción más directa al tema del miedo como instrumento político, se describen una serie de medios a los que podría llamarseles "amedrentadores", tales como la propaganda, el rumor, la vigilancia, etc., que reconociendo su importancia clave en la dinámica social y su continuo perfeccionamiento, han fungido -aunque no exclusivamente- como efectivos instigadores y catalizadores del temor.

Algunos de estos medios cobraron gran auge durante la etapa histórica del Totalitarismo (primera mitad del siglo XX), a cuyas características y dinámica se dedica también este segundo capítulo, tomando como marco de referencia fundamentalmente la obra de Hannah Arendt. La intención no es sólo plantear el Totalitarismo como un ejemplo, quizás el más evidente, de la importancia del terror y la intimidación como móviles sociales, sino también el desentrañar a partir de sus características más esenciales, sobre todo lo que a la expansión del poder se refiere, cierta tendencia similar en la lógica de dominación actual, es decir, en las características del Estado democrático y del socialismo real.

Precisamente por la interdependencia de las realidades conformando un todo complejo, la lógica del terror y de la impotencia, que en un momento dado caracterizaron esencialmente a los regímenes totalitarios prototipos, se ha hecho extensiva. El temor nos conmueve internacionalmente porque de alguna manera todo el mundo está involucrado en la crisis económica, en el peligro de la contaminación, del SIDA, etc.; nadie goza ya del

derecho a ser la excepción entre las víctimas de la ola terrorista, ni de la posibilidad de una Tercera Guerra Mundial.

A nivel de la vida cotidiana, por supuesto, la intimidación nos acompaña de una manera más palpable, tal vez porque los problemas que nos condicionan a este nivel, se nos revierten inmediatamente y algunos nos hacen recordarlos casi constantemente. Tal es el caso, por ejemplo, de la economía irracional, contraria al beneficio individual y social -supuestos del progreso-, y no se diga de la paranoia que provocan los crímenes y la violencia urbana en general, exacerbada no sólo por las consuetudinarias evidencias, sino también por el bombardeo de informaciones un tanto amarillistas.

Finalmente, "El Horizonte de la Guerra" hace alusión a la amenaza latente que despiertan tanto las posibilidades reales de una Tercera Guerra Mundial, como sus características supuestas. Aunque la mayor parte del tiempo resulte inconsciente o subestimado, el temor a un enfrentamiento nuclear constituye hoy, sin duda, un instrumento intimidador y un elemento indicador del alto nivel de involucramiento que han desencadenado las relaciones internacionales, así como de la sensación de impotencia y desconfianza que lo alimentan; pero sobre todo en términos globales, la amenaza de la gran guerra representa la mayor paradoja a la que ha conducido el "progreso", en cuanto a que es la propia humanidad la que está en juego.

A modo de justificación, el presente trabajo constituye un intento por explicar una experiencia que actualmente, de manera

directa o indirecta, nos involucra individual y socialmente en lo que se vislumbra como una problemática actual del hombre.

Así pues, reparar en la crisis de los conceptos e ideas que parecían ser la luz prometedora de una nueva era y de la cual, de alguna manera, derivan las características y respuestas específicas del miedo que intimida hoy a individuos y sociedades, representa un tema de gran importancia tanto por la carga de su actualidad, como por la fuerza que desempeña en la vida social contemporánea.

Además a nivel de la investigación social, abordar el miedo como fundamento de la sociedad contemporánea, da pie para recuperar la importancia de la subjetividad como un valor intrínseco al ser social del hombre, reivindicando para la comprensión de la cohesión social, el ámbito psicológico y cultural que, en términos generales, ha tendido a relegarse frente a lo político o económico, dejando de lado -muchas de las veces- la estrecha relación que guardan entre sí.

PARTE 1

EL PROGRESO EN LA SOCIEDAD CONTEMPORÁNEA

CAPITULO 1 Noción de "progreso" durante el siglo XVIII y su mitificación. Móvil formal de la sociedad moderna.

"Las utopías son los sueños de la razón"

O. PAZ

Sin delimitaciones precisas se dice que las sociedades modernas comenzaron a desplegarse ya desde el siglo XV con los grandes descubrimientos e inventos que invocaron nuevas pasiones y sorpresas al mundo, pero la cristalización de la "modernidad", definida como el gran proyecto emancipatorio de la humanidad, se considera a partir de fines del siglo XVIII con la Filosofía de las Luces y la Revolución Francesa.

La promesa de libertad, de emancipación universal, que implicaba la liberación de la ignorancia, de la pobreza, del despotismo, y por lo tanto la constitución de hombres felices y ciudadanos dueños de su propio destino, conformó desde el principio el horizonte del PROGRESO y su legitimación. Tal idea trascendió su dominio al pensamiento y acción de los siglos XIX y XX, caracterizando a toda la Edad Moderna con el rasgo distintivo de su origen: el del espíritu crítico y la utopía.

Intrínseca a la filosofía del siglo XVIII, que conceptualiza por primera vez al mundo como uno sólo, como universal, la noción de progreso se inscribe, al lado de la de razón y la del pensamiento científico, en el intento desmitificador que de la realidad social realiza el Iluminismo, intentando explicar y ordenar "racionalmente" la realidad en pro de la verdad, liberando al hombre de la "falsa claridad" con que lo envolvía el mito religioso-teológico.

Para el Iluminismo, la magia y la religiosidad daban al hombre una falsa explicación del mundo, encerrándolo en toda una serie de miedos que le impedían conocer "verdaderamente" la realidad. Sobre esto, la Razón se erguía como la nueva luz que, a través del progreso de las ciencias, de las artes y de las libertades políticas, guiaría al hombre hacia la verdad, hacia el conocimiento y dominio de la naturaleza, permitiéndole liberarse de la ignorancia y de esas "fuerzas extrañas" -producto de la imaginación- e imponerse como hacedor de su propio destino, de su conservación, de su historia.

Este anhelo que impulsaba a la razón como punta de lanza del progreso y la felicidad, exigía una nueva forma de conocimiento que liquidara al obsoleto animismo de la magia y al mundo jerarquizado de la iglesia, para dar paso a la reivindicación del Hombre como un ser capaz de pensar por sí mismo y de autorealizarse a partir de sus propias potencialidades, y no como producto del control absoluto de Dios, de lo sobrenatural.

Esa nueva forma de conocer, traducida en una actitud crítica

y revolucionaria frente a lo establecido, sentó sus bases sobre una separación cada vez mayor entre el Sujeto y el Objeto de conocimiento, que implicó una relación "instrumentalista" entre ambas categorías, es decir, el objeto natural quedó subordinado al sujeto humano como algo externo e inferior a éste; tal actitud del Sujeto frente al Objeto, parecía facilitar la búsqueda de la verdad a través de métodos como el de la observación y la experimentación, que permitían describir y clasificar la realidad.

A partir de esto, el cosmos se desgajaba en diferentes objetos de conocimiento que se fueron agrupando en las llamadas "ciencias naturales" y más tarde en las controvertidas "ciencias sociales". Con la ciencia, esta nueva categoría cognoscitiva, se fundamentaba la omnipotencia del pensamiento en cuanto refugio de la razón y de la libertad.

Este replanteamiento de lo que era el hombre y su lugar en el universo, este nuevo humanismo que ya no ponía el acento sobre el descubrimiento de la "esencia" del hombre, sino en los medios o procesos que conducen a la realización de su libertad y que asimilan lo concreto y diverso de los distintos contextos culturales, estuvo aparejado con la revolución técnica que desencadenó esta nueva forma de enfrentar la realidad. Las máximas de "racionalidad" y "cientificidad" que alimentaron esta ansia por conocer el entorno para dominarlo, cobraron auge simultáneamente con el surgimiento de la sociedad industrial, condicionando las transformaciones económicas, políticas y

sociales que se determinaron recíprocamente.

Así, aunque la interdependencia entre la ciencia y la técnica no se dió abiertamente hasta finales del siglo XIX, ya desde Galileo la ciencia moderna contribuyó a inducir la imagen mecanicista del mundo, aquella que considera al universo regido por leyes y explica los fenómenos cuantitativa y esquemáticamente a través de su comprobación en la experiencia. Dentro de este contexto se impulsó también el derecho natural moderno que sostiene simultáneamente a la razón y a la libertad como cualidades de la naturaleza humana, y a la tolerancia de las singularidades históricas como unidad básica de la humanidad; como ser dotado de razón el hombre es capaz de producir e incrementar su saber, así como de aplicarlo en la creación de una sociedad racional, y como ser libre puede cambiarse así mismo y a su mundo. Sobre tal derecho se fundamentaron las revoluciones filosófica, política e industrial de los siglos XVII, XVIII y XIX, respectivamente, que dieron pie a la destrucción de las viejas legitimaciones de poder, sustentadas sobre el criterio de verdad que inspiraba la cosmovisión teológica.

De hecho el valor legitimante del proyecto emancipatorio de la modernidad como tal, que sustentaba por primera vez la Cultura Occidental, se estableció desde su origen en función de su carácter humanista y universal, de su orientación hacia el futuro que involucraba a todas las realidades humanas. Sólo que esta idea a realizar, esta actitud ante el futuro, ha sido argumentada de distintos modos por las filosofías de la historia;

por diversos "discursos o voluntades de verdad" cada uno de los cuales, y según lo plantea Foucault ¹, siempre se ha organizado y modificado de acuerdo a las contingencias históricas, fundamentando al poder, lo que no hace a uno por sí mismo más verdadero que otro. Esto mismo lo sostiene Lyotard pero en términos de los "grandes relatos" o "metarelatos" tales como el cristiano, el marxista, el capitalista, etc., bajo los cuales el hombre ha intentado ordenar la infinidad de acontecimientos que lo rodean, y cuya finalidad -al igual que la de los mitos- ha resultado ser la de legitimar instituciones así como prácticas sociales y políticas, legislaciones y maneras de pensar ².

De esta manera el proyecto humanista conformó un mismo sustrato en torno al cual se construyeron diversas utopías revolucionarias en su momento, el capitalismo y el socialismo por ejemplo, que aún enfrentadas entre sí, describen la importancia que tiene el futuro en la visión del tiempo moderno; un tiempo valorizable y casi infinito que visualiza su paraíso no como algo perdido que hay que recuperar, sino como una meta a construir. Bajo esta "preeminencia de las utopías" y la "crítica", entendiéndola "como un método de investigación y acción" ³, se desarrollaron los ciclos de vida y muerte de nuevas legitimaciones:

En el umbral del mundo moderno, frente a una nueva

1. FOUCAULT, M., El orden del discurso.

2. LYOTARD, J-F., La Posmodernidad ..., cap 2.

3. PAZ, O., "El Romanticismo y (...)", pág. 20.

perspectiva del hombre, y ante la racionalización de las relaciones que inspiraba el permanente desarrollo de las fuerzas productivas (organización del trabajo, del tránsito económico y la urbanización de la forma de vida), las cosmovisiones míticas, religiosas o metafísicas, fueron cuestionadas como fuentes legitimadoras del dominio y transformadas en meras convicciones ético-subjetivas. Fue el modo de producción capitalista el que en su despliegue planteó este problema de la legitimación, resolviéndolo sobre el principio de su misma organización, es decir, sobre la base que representaba el trabajo social: la institución del mercado donde los propietarios privados intercambiaban mercancías, involucraba también a aquellos que, carentes de propiedad, participaban intercambiando su fuerza de trabajo como única mercancía; era a partir de la justicia que prometían las categorías de reciprocidad y equivalencia en las relaciones del libre intercambio, como comenzaba a legitimarse el nuevo dominio político.

Pero para finales del siglo XIX y más a principios del XX, la ideología del libre intercambio se desmoronó frente a las "disfuncionalidades" ⁴ del capitalismo tardío, cuando éste quedó abandonado a las contradicciones entre su evolución efectiva, real, y su propia idea de una sociedad civil que se autorregula. El antagonismo abierto de clases representaba ya una amenaza para el sistema y el dominio político demandaba un cambio en su legitimación que previniera los riesgos de crecimiento pero

⁴. HABERMAS, J., Ciencia y Técnica como Ideología.

asegurando la forma privada de revalorización del capital.

Como reacción a esta demanda, dos tendencias ⁵ se manifestaron en los países capitalistas avanzados: por un lado, la creciente intervención del Estado en las relaciones económicas que sin cancelar los conflictos los aplacaba mediante una política compensatoria, la cual consistía en garantizar un mínimo de seguridad social y las oportunidades de promoción personal; con esto no sólo resultaba factible mantener las condiciones de estabilidad del sistema global, sino que también se vinculaba cierto consenso o conformidad de la población.

Por otro lado, se hizo patente la cientifización de la técnica; el progreso científico-técnico sometido a control, constituía la primera fuerza productiva y se convertía él mismo en fundamento de legitimación pero sin la vieja forma de ideología, pues ya no justificaba sólo el interés parcial de dominio de una determinada clase, sino que se erguía como interés emancipatorio de la humanidad como tal.

Ambas tendencias, tanto el Estado Social como la cientifización de la técnica, sustentaron una nueva legitimación del dominio que tendría como objetivo principal la estabilización del sistema, mostrando la "superioridad" de la forma de producción capitalista para absorber los conflictos y sobrellevar sus riesgos de crecimiento.

Sobre este interés por mantener a toda costa el sistema, se fundamenta en gran parte la imagen del progreso que, aún a

5. Idem.

finales del siglo XX y a pesar de haber sido fuertemente cuestionado durante la crisis de los años 60's, se manifiesta como gran mito motriz, pues es en él donde tienden a resumirse los principios regidores de esta nueva filosofía: la autoconservación y la superación, la seguridad y el dominio. Tal vez por esto actualmente subsiste la política de la actividad estatal compensatoria, aún cuando los límites básicamente económicos del Estado Social ya se vislumbraban desde el periodo de reconstrucción de la posguerra y se hacían más evidentes a partir de los años 70's; entonces se comenzaba a poner en duda la conciliación entre capitalismo y democracia, y la posibilidad de producir nuevas formas de vida con medios burocráticos, pero al mismo tiempo parecía no haber alternativas, quizás por la irreversibilidad de las estructuras de compromiso que se han creado como un dilema entre el capitalismo y el Estado Social ⁶.

A lo largo de estas transformaciones de la fuente legitimadora del dominio, se mantuvieron como una constante las exigencias de mercantilización y homogeneización del industrialismo, ante las cuales la razón identifica a la productividad, la utilidad, la democracia formal y a la sistematización, como parámetros del "progreso", símbolo a su vez de la libertad y felicidad del hombre. Bajo esta connotación de avance y bienestar proyectada por una cosmovisión tecnológica, es decir, por aquella visión del mundo que centra sus esperanzas de

⁶. Tal dilema consiste en que "el capitalismo no puede vivir sin el Estado Social, pero tampoco puede vivir si éste se sigue extendiendo". HABERMAS, J., "El fin de una utopía". pág. 2.

felicidad en la sistematización del conocimiento y de toda práctica social e incluso individual, el progreso se consolidó como uno de los hitos de la sociedad occidental; como evidente imagen de una prehistoria superada y promesa de futuro.

El progreso no sólo ha sido apoyado automáticamente por la ciencia y la técnica, máximas autoridades del conocimiento y de la práctica, sino que además, como fuentes legitimadoras del poder, se han justificado incondicionalmente. es decir, ningún descubrimiento o avance tecnológico suele ponerse en duda en aras del progreso. En este sentido, su escala valorativa construye como lo positivo, a lo material, lo eficaz, lo útil, lo adaptable, y como lo sospechoso cataloga todo aquello que permanece al margen de estos límites y que amenaza con obstaculizar su desenvolvimiento.

A nivel del sentido común, hablar de progreso no remite sólo al terreno económico o puramente científico, en función -por ejemplo- de un incremento en los ingresos o el descubrimiento de una nueva vacuna; políticamente también se habla de progreso cuando frente a una dictadura renace formalmente la justicia y la democracia, es decir, la legalidad burguesa, y sobre lo mismo podría hablarse en el terreno de las artes ante el surgimiento de nuevas formas de expresión y el adelgazamiento de la censura. Otra connotación común del progreso es la que consiste en identificarlo directamente con lo novedoso y que es alimentada casi constantemente por la propia dinámica mercantilista de la sociedad industrial contemporánea; sociedad de la "eterna

Innovación" donde la imagen de la modernización, promovida como principio productivo y supuesto de bienestar, se traduce finalmente en la rutina de la obsolescencia, en el continuo cambio del siempre lo mismo.

La idea de revolución, entendida como un cambio o ruptura tajante con lo establecido, como profunda reestructuración de las formas de vida de los hombres guiada por aquellos valores que encarnan la promesa de trascender las relaciones sociales fundadas en el afán de poseer y dominar, ha sido cada vez más reducida o absorbida por la idea de progreso lineal frente a la cual, teórica o filosóficamente, ha guardado una posición contrapuesta pero siendo a la vez parte fundamental del carácter paradójico del progreso. El que la idea de revolución tienda a reducirse, no significa que haya dejado de manifestarse pues las transgresiones de los límites existentes en la convivencia humana continúan dándose de manera fraccionada, por sectores de la sociedad; sólo que algunas de éstas, dentro de la lógica contradictoria de la sociedad moderna, donde la libertad y el dominio conviven, pasan a ser reprimidas y obstaculizadas, y otras no sólo tienden a ser absorbidas o solventadas por la idea dominante de progreso, sino que, y a pesar de expresarse en lucha contra ésta, se traducen ellas mismas en variaciones o versiones diferentes del progreso pero finalmente con una connotación jerárquica y promisoría semejante.

Así pues, entre una diversidad de puntos de vista, muchos de ellos contrapuestos, la idea de progreso en general, se ha

convertido, casi en sí misma, en una filosofía, en una actitud ante la vida que en forma consciente e inconsciente, se manifiesta individual y socialmente.

Incluso como instrumento del discurso político moderno, el "progreso" pretende reafirmar su eficacia como móvil de la sociedad contemporánea, a pesar de que ésta se alimenta de la despolitización de la población y de las coacciones manipuladas de una administración técnico-burocrática, es decir, de la tendencia totalitaria de las formas de control y cohesión social instituidas más allá de cualquier interés particular y social, en virtud de la organización tecnológica que hace de sujetos y objetos instrumentos de una totalidad que funda su razón de ser en el logro de una creciente productividad.

CAPITULO 2 Desmitificación e implicaciones del progreso en la actualidad.

Aunque actualmente una serie de contradicciones hacen patente el quiebre del mito del "progreso", éste suele circunscribirse en la propia dialéctica de la filosofía Iluminista; en lo que la Escuela de Frankfurt denominó la "autotraición del Iluminismo": a la vez que crecía su espíritu liberador, se desarrollaba el germen de la regresión; la racionalidad que propagaba eficacia y crecimiento derivaba en lo irracional e Ineficaz, y lejos de liberar al hombre del miedo mágico, lo fue esclavizando a otros miedos, a nuevos mitos.

La pretensión de verdad, por ejemplo, se ha convertido en superstición y el proceso de pragmatización e Instrumentalización al que ha conducido la ciencia y la técnica, ha provocado que todo deje de tener sentido en sí mismo para encontrarlo como parte Instrumental de un poder enigmático que vuelve cada vez más compleja a la sociedad contemporánea.

El potencial de liberación del Iluminismo se ha transformado en la reducción de sus alcances, esto es, en la clausura de las posibilidades de la razón, de alternativas que pudieran evitar u obstaculizar la rotunda identificación entre dominación y realidad. Resulta que el progreso tecnológico, entendido como manifiesto perfeccionamiento de los medios de producción y como tendencia a hacer la vida cada vez más cómoda y funcional, a liberar al hombre del trabajo esclavizante, no hizo al sistema

social más, racional ni más justo cuando pensó que así sería, por el contrario, infundió formas de control y cohesión social más efectivas y hasta cierto punto agradables; extendiéndose como un sistema de dominación y coordinación, creó formas de vida y de poder que aparecen como encarnación de la razón, como un beneficio para todos los grupos e intereses sociales, y frente al cual toda contradicción se presenta como irracional y toda oposición como imposible ⁷.

Esta contención del cambio social que neutraliza toda manifestación de protesta, y la tendencia totalitaria del aparato productivo en el sentido de que, por un lado, ha determinado tanto las ocupaciones y actitudes socialmente necesarias, como las necesidades y aspiraciones individuales, y por otro lado, se ha extendido por todo el mundo estableciendo similitudes entre el desarrollo capitalista y comunista, condicionan el carácter "unidimensional" de la sociedad industrial avanzada al que se refiere Marcuse. De esta manera, la dominación se ha extendido a todos los ámbitos de la vida del hombre -incluyendo su mente- y sus mecanismos, alimentados en ese proceso de producción y distribución en masa, se han hecho cada vez más sutiles conformando en sí mismos una forma de vida.

La razón se convirtió en instrumental a medida que se instauraba como discurso de verdad dominante; cuando dejó de ser crítica en sí misma para sostener una visión apologética de la realidad, del aparato económico omnicompreensivo. Esta razón

7. MARCUSE, H., El Hombre Unidimensional.

Instrumental no sólo justifica las relaciones de producción como un marco institucional funcionalmente necesario, sino que además reifica el espíritu en aras de la utilidad y la productividad, adulterando las relaciones internas entre los hombres e incluso la identidad del individuo como parte de la naturaleza; y es precisamente desde que se suspende esta conciencia de sí mismo como naturaleza cuando -dice Horkheimer- el progreso social pierde todo su valor como un objetivo de la vida del hombre.

Bajo estos rubros de instrumentalización y alienación, se dibuja una "sociedad racionalmente totalitaria" donde todo tiende a convertirse en instrumento de dominio, donde la falta de libertad y la estandarización del hombre se racionalizan como el "mal menor" que hay que sufrir en pro de la autoconservación del sistema tecnologizado que circunscribe el ideal de bienestar social e individual, al aumento constante del confort y de la productividad del trabajo.

Ante esta funcionalización e instrumentalización del pensamiento y la mercantilización del quehacer humano, el progreso y la ciencia han resultado ser -en pleno siglo XX- una traición de los principios motivadores del Siglo de las Luces; ambos son parte de esas continuas paradojas y falsas apariencias que conforman la "conciencia feliz", esa creencia de que lo real es racional y de que el sistema otorga bienestar ⁸.

Así pueden reconocerse las contradicciones entre una creciente productividad y una creciente destructividad, entre la

⁸. Ibidem, pág. 100.

preservación de la miseria y la existencia de una riqueza sin precedentes; el terror y el placer se confunden bajo la culpa y la expiación, bajo la felicidad y la desventura que, paradójicamente, el progreso ha representado para el hombre. Mientras detrás del orgulloso "progreso científico y tecnológico" se destruye a la naturaleza y al hombre -su supuesto objetivo primordial- tras la sociedad se descubren relaciones entre individuos atomizados, aislados, solos.

De igual forma, la "libertad" y la "democracia" se yerguen como ejes rituales, como mitos que revolotean para cegar y justificar la real represión de un sistema cada vez más centralizado y totalitario: se imponen necesidades y se preestablecen las opciones sobre las que se da la "libertad" de elegir; se unifican los opuestos que constituyen la "pluralidad democrática", y se reducen el pensamiento y el lenguaje en función de la consabida funcionalidad y pragmatización que envuelve a cualquier ente, privándolo de todo sentido y razón en sí mismo.

El dominio ha dejado de entenderse sólo abiertamente como un poder personalizado o fácilmente identificable, deslizándose ahora a través de una serie de aparentes libertades subjetivas como son el consumo, las elecciones y el tiempo libre que, a modo de estímulos externos, condicionan en la sociedad industrial avanzada el comportamiento adaptativo o conformista, cada vez más representativo de la época.

La racionalización de la vida se ha traducido en un

ejercicio de controles; en la institucionalización de un dominio que se hace irreconocible como puro dominio político, debido a que enclava su legitimidad en el confort que tiende a proporcionar una creciente productividad y dominación de la naturaleza. Además, esta tesis de que las relaciones de producción existentes son técnicamente necesarias para una sociedad racionalizada, ha penetrado como ideología aparentando que la evolución del sistema social y su legalidad, están determinadas por la lógica del progreso científico y tecnológico. En este sentido -dice Habermas- la falta de libertad se vislumbra como el sometimiento a un aparato técnico que permite elevar la productividad y hacer más cómoda la vida ⁹.

Frente a esta filosofía y bajo los velos del relativismo que exime de la culpa y la responsabilidad, los valores éticos y morales entran en decadencia y la confrontación de criterios tiende a desgastarse; la pérdida del conjunto de significados encarnados en la religión, la cultura y el trabajo, y mediante los cuales los individuos se relacionan con el mundo, provoca una crisis de identidad y desintegración social, frente a la cual se levanta un profundo aislamiento y un peligroso espíritu de sustituibilidad latente -a nivel de grupo o individual- capaz de ser satisfecho por cualquier cosa que tienda a llenar la sensación de vacío.

En opinión de Daniel Bell ¹⁰ esta situación, a la que

⁹. HABERMAS, J., Ciencia y Técnica ...

¹⁰. BELL, D., Las contradicciones culturales..., pág 39.

también podría definirse como una crisis de la creencia, constituye "el problema real de la modernidad" y surge -en términos del mismo autor- en el momento en que en las sociedades modernas el "sistema secular de significados" (la utopía del progreso, la racionalidad y la ciencia), que sustituyó a la religión, demostró su debilidad como fuerza motivacional o vinculadora. El sistema secular de significados resultó ser una ilusión, Jice Bell, que se expresó en las "contradicciones culturales del capitalismo" ¹¹ y provocó la sensación de vacío frente a la cual ha renacido por un lado el nihilismo, pero por otro, la sociedad occidental ha retornado a alguna concepción de la religión, ha revivido la fe tradicional. Con esto último podría explicarse, por ejemplo, el actual resurgimiento de las sectas religiosas o grupos proracistas cada vez más comunes en los Estados Unidos, o simplemente la idolatrización de personajes con gran influencia pública.

Tal vez por eso la enajenación y la manipulación de la voluntad política y los sentimientos, vía los medios masivos de comunicación y lo que en general se ha denominado "industria cultural", han tenido un valioso triunfo como instrumentos represivos, en el sentido de que han logrado sobrellevar el

¹¹. Bell identifica como contradicciones culturales del capitalismo, al conflicto generado entre el estilo característico del industrialismo, basado en los principios de la economía (eficiencia, optimización y racionalidad funcional), y las tendencias culturales avanzadas del mundo occidental que aspiran al retorno de las fuentes instintivas de expresión, exaltando el hedonismo y las conductas anti-racionales y que, paradójicamente, son promovidas por el propio sistema de comercialización de las empresas. Ibidem, pág. 89.

dominio más allá de la pura disciplina del cuerpo, al control y conquista del alma.

Estas situaciones recuerdan los planteamientos que Adorno y Horkheimer sostuvieron poco después de la Segunda Guerra Mundial, en relación al camino de doble sentido en el que ha transcurrido el quehacer humano; esto es, en términos de construcción y destrucción, de creación y barbarie, a modo de mutua correspondencia, de un inmanente tira y afloja. Cuando las actuales posibilidades de perfeccionamiento social, argumentaba Horkheimer, deberían alcanzar las esperanzas de la humanidad, el cumplimiento de éstas parece alejarse.

" Nitidamente parecen retroceder -sin desmedro de la ampliación de los horizontes de actuación y pensamiento debida al saber técnico- la autonomía del sujeto individual, su posibilidad de resistirse al creciente aparato para el manejo de las masas, el poder de su fantasía, su juicio independiente. El avance progresivo de los medios técnicos se ve acompañado por un proceso de deshumanización. El progreso amenaza con aniquillar el fin que debe cumplir: la idea del hombre." 12

De alguna manera, el sentido del progreso como móvil social se ha venido modificando cada vez más en función del dominio del hombre por el hombre; su imagen de liberador y representante de la superioridad humana ha quedado relegada en la "falsa conciencia", y es que la promesa de futuro que nació a la par de la automatización del mundo, vistió a ésta de progreso pero lo hizo olvidarse de los logros y frustraciones de su pasado.

12. HORKHEIMER, M., Crítica a la Razón Instrumental, pág. 11, 12.

En sí, el cuestionamiento del carácter lineal del progreso, de su carencia de valores, y por consiguiente de la subsistencia del propio término de "modernidad", comenzó a darse declaradamente desde finales del siglo XIX, a pesar de los grandes logros de la tecnociencia y del apogeo que durante aquel siglo vivió la modernidad al crecer y afirmarse la civilización occidental. Pero esa gran incertidumbre frente a los fundamentos de la modernidad, ha ido cristalizando a lo largo del siglo XX en una serie de temores y vaticinios catastróficos en torno a las sociedades actuales y que representan —como escribía Paz en 1987— ya no sólo "la expresión de la desesperación de un solitario o de la angustia de una minoría inconforme", sino "opiniones populares" que "revelan un estado de espíritu colectivo" ¹³. Tal es el caso de la transformación de la actitud hacia el futuro; el hombre contemporáneo en general, escéptico y conformista, parece reparar en el futuro tan sólo cuando los límites de su inmediatez lo ameritan.

"En definitiva, el progreso político, económico y científico, la acumulación de reformas y revoluciones sociales, el desarrollo de las fuerzas productivas, la sucesión de hallazgos e innovaciones científico-técnicas, no han mejorado las condiciones físicas y sociales de la humanidad en su conjunto. Con el progreso político no se ha realizado la paz y la libertad, sino que se ha modificado la forma de ejercer y padecer el dominio, la forma de dirigir y de sufrir la guerra; con el progreso económico no se ha producido riqueza, sino que se ha producido miseria y se ha deteriorado incluso la habitabilidad

13. PAZ, O., op. cit., pág. 26.

del entorno natural y urbano; con el progreso científico-técnico, en fin, no se ha redimido al hombre de la ignorancia, del trabajo y de la enfermedad, sino que se ha hecho al hombre víctima de un nuevo oscurantismo, de un nuevo esclavismo y de unas nuevas enfermedades." 14

Cabe destacar aquí, como una variante más del contrasentido del progreso y que hoy en día parece resonar cada vez con mayor fuerza, la depredación de la riqueza natural que tiende a cancelar incluso las dimensiones del espacio.

La idea de progreso parece fracasar en su papel reconciliador entre la razón y la desigualdad, entre el dominio y la libertad; continúa debatiéndose en esto que ha sido la paradoja o el enigma de la civilización y que históricamente ha permanecido irresoluble, esta vez ante la utopía socialista así como ante las promesas del crecimiento capitalista. Como expone Antonio Campillo, esta contradicción entre dominio y libertad ha sido conocida y expresada por cada época según sus propias condiciones de vida y su propio lenguaje; actualmente se identifican por lo menos dos tendencias que intelectualmente intentan explicar la desesperanza que origina esta ambigüedad:

Ambas coinciden en que el proyecto de la modernidad está en crisis y que el análisis del desarrollo cultural da motivos para poner en entredicho "la concepción lineal del tiempo y su identificación con la crítica, el cambio y el progreso." Sólo que algunos como Habermas, consideran que el proyecto está inacabado y que debe ser retomado aprendiendo de sus errores; que aún es

14. CAMPILLO, A., Adiós al Progreso, pág. 73, 74.

posible renovar la utopía globalizadora del mundo poniendo el acento ya no sobre la sociedad del trabajo, sino sobre otros rubros del quehacer social como lo es la comunicación, en cuyos criterios considera que se basan todos los ámbitos de la vida.

Otros, los que se han dado en llamar "postmodernistas", sostienen que el proyecto moderno, de realización de la universalidad, ha sido completamente destruido por el propio desarrollo tecnocientífico y que es tiempo de reconocer "nuestra finitud".

De acuerdo con Lyotard ¹⁵, lo postmoderno es la conciencia de la falta de valor de muchas actividades del hombre y de las sociedades "modernas" y que argumenta su novedad como corriente filosófica en el no saber cómo responder al problema del sentido. El horizonte que los postmodernistas vislumbran es el de una creciente complejidad de la vida social a la que habrá que adaptarse la humanidad, y ante la cual descartan la posibilidad de construir un programa globalizador o teoría totalizadora. Al respecto, comenta Lyotard que el hecho de que ya no pueda creerse en los grandes relatos de legitimación porque se han revelado insuficientes para asegurar un compromiso político, social y cultural, no significa que ya no haya relato que no pueda ser creído; "su decadencia no impide que existan millares de historias, pequeñas o no tan pequeñas, que continúen tramando el tejido de la vida cotidiana." ¹⁶.

15. LYOTARD, J.-F., "Reglas y Paradojas", pág. 3.

16. LYOTARD, J.-F., La Posmodernidad..., pág. 31.

Tal problemática no ha sido resuelta pero esto no quiere decir que el progreso haya perdido su carácter de móvil social pues éste se reafirma una y otra vez sobre todo a nivel del discurso dominante que, aunque difundido como ideología, responde a intereses de grandes grupos de poder -dificilmente delimitables- que a nivel mundial no sólo gozan de una supremacía en la dirección social, sino que en ésta anteponen un interés especial en los fines de sus objetivos, a los medios para conseguirlos.

Lo que sucede es que el progreso, atrapado en toda una red de absurdos a los que en parte él mismo ha conllevado, no ha alcanzado una instancia racional que junto a las nociones de justicia y felicidad le otorgue peso a su valor y lo vincule a la realidad objetiva; el sentido de todas estas nociones parece haberse reducido al interés y satisfacción que brinda el beneficio o bienestar inmediato. De hecho, hoy, el progreso tal como se ha venido dando, arriesga la propia seguridad del hombre y condiciona el sentido de su libertad; el anhelo y la desconfianza que provoca se confunden en la latente incertidumbre que envuelve al mundo actual.

PARTE 2

SOBRE EL MIEDO Y LA SEGURIDAD EN LAS SOCIEDADES

De acuerdo con los planteamientos anteriores, el despliegue real y utópico del progreso, es decir, sus manifestaciones materiales y su carácter prometedor de felicidad y libertad del hombre; el crecimiento demográfico desarrollado sobre todo a raíz de los avances científicos y la industrialización, y los tipos de organización masiva e institucionalizada, representados por la dominación burocrática, se han condicionado reciprocamente y hasta justificado en el sentido de que dentro de la complicación de las relaciones sociales, aparecen como tendencias de un proceso natural.

Está claro que no puede negarse la existencia del progreso como desarrollo de fuerzas productivas y sucesión de hallazgos e innovaciones científico-tecnológicas, así como acumulación de reformas y revoluciones sociales; como tal se ha hecho evidente. Pero tampoco puede dejar de reconocerse que como sinónimo de felicidad, como promesa universal de libertad y seguridad del hombre se ha desvanecido.

En su desenvolvimiento paradójico, el progreso político, económico y científico no ha mejorado las condiciones de la humanidad; lejos de esto, ha recreado en la civilización urbana, técnica y politizada, una "segunda naturaleza" ¹ que se revierte contra el hombre, desencantando al futuro de promesas y

¹. MARCUSE, H., Eros y civilización.

revistiéndolo de amenazas.

Los peligros, al igual que el miedo y el ansia de seguridad, han tenido una presencia constante en la vida del hombre, variando y caracterizándose de una cultura a otra. Incluso el típico temor al dolor y a la muerte se viven actualmente de una manera específica: siguiendo una tendencia que se deja ver clara y crudamente desde la Segunda Guerra Mundial, con la que se pusieron de manifiesto los alcances del desarrollo científico-tecnológico, así como la pequeñez del ser humano frente a la omnipotencia de sus organizaciones, la expresión de estas sensaciones de temor e inseguridad ha ido cobrando fuerza en todos los terrenos que abarcan tanto lo individual como lo social.

La psicología del miedo individual y colectivo se recrea y condiciona tanto en la dinámica mercantilista del quehacer cotidiano, como en la lógica del sistema social contemporáneo en general, el cual se hace cada vez más totalitario en el sentido de que, intrínseco a la complejización de las relaciones sociales, el poder incrementa su expansión e interiorización.

Esta caracterización totalitaria del sistema social contemporáneo se extiende a un plano mundial, en la medida en que la violencia, la impotencia y la incertidumbre que inspira, son aspectos que tienden a compartir actualmente la mayoría de los seres humanos, precisamente por la interdependencia de las realidades sociales en una tan compleja; por la universalización o internacionalización de los problemas y amenazas.

Una de estas amenazas, tal vez la más importante o por lo menos una sobre la que más se habla, es la de la guerra nuclear, la de una Tercera Guerra Mundial, cuya posibilidad latente y su imagen de holocausto de la humanidad, no sólo resume el moderno temor a la muerte -en toda la extensión de la palabra- sino que además parece regular, paradójicamente, lo que se ha dado en llamar la "paz social".

Junto a la pesadilla nuclear, se han desarrollado otros medios intimidadores que van desde la aprensión que despierta por sí mismo un atentado terrorista, hasta el temor infundado por la propaganda o la publicidad en general, manipulando tanto la información como las motivaciones individuales y colectivas, vía el rumor y los medios de comunicación masiva. En todo esto, se ha dejado ver la eficacia del miedo y del ansia de seguridad en el control, viviéndose no sólo como típicas reacciones instintivas, sino también como instrumentos de poderes cada vez más impersonales que, en medio de sus complejidades, parecen escapar de toda responsabilidad.

CAPITULO 1 Psicología del miedo y la seguridad

Los sentimientos de miedo y seguridad se condicionan estrechamente en el sentido de que el miedo es una respuesta afectiva a la falta de seguridad, esto es, a una situación que se percibe amenazadora de nuestra integridad física y emocional.

Según el carácter de la amenaza, es decir, si ésta se declara abiertamente como algo específico o no, los psicólogos sostienen una diferencia entre el miedo y la angustia. Así, el miedo se refiere a objetos o incidentes específicos y se aprende en función de su asociación con el dolor que, en toda la extensión de la palabra, se manifiesta a lo largo de experiencias personales y colectivas. Por otro lado, la angustia también nace de esas experiencias dolorosas pero que, a modo de resistencia, son reprimidas, convirtiéndose en productoras potenciales de ese sentimiento, que resulta ser una especie de temor hacia algo que no alcanza a definirse ².

Completamente aparte de las distinciones teóricas que se establecen entre estos conceptos, entre el miedo y la angustia, lo cierto es que como sensaciones se confunden en un malestar que condiciona el instinto de conservación, esencia del quehacer cotidiano y de la vida misma.

Desde siempre, el hombre ha estado sometido a la amenaza de diferentes peligros y ha vivido entre miedos conscientes e inconscientes que se han traducido en la búsqueda de seguridad; uno de ellos, el miedo a la muerte, a lo desconocido, a la insignificancia, ha constituido un peso con el que ha cargado el ser humano a lo largo de su historia, precisamente por tener conciencia y capacidad para filosofar sobre su fin inevitable.

Esta angustia y temor permanentes parecen aliviados por la

². Ver Ruch, L.F. y P.G. Zimbrano, Psicología y Vida, pág. 297 y KOLB, L., Psiquiatría Clínica ..., pág. 86,87,138-140.

cultura que, mediante la actividad creadora de símbolos, promete cierta trascendencia mas no la solución total al problema de la muerte; este miedo existencial sobrevive aún bajo la represión cultural. Y es que a la vez que la cultura nos permite sobrellevar ese pesado malestar que es la conciencia de nuestra finitud y que recordamos en cada acercamiento que tenemos con la muerte, así también nos genera nuevos tipos de inestabilidades y angustias.

Se trata de la dialéctica entre Eros y Tanatos, entre la sensación de felicidad y la de frustración, que han constituido también la dialéctica represiva de la civilización. En el reconocimiento de obligaciones mutuas, de instituciones y de principios como la moral y la ley que, con sus variantes, implica toda organización social, el psicoanálisis ha identificado a las modificaciones o represión de los instintos como males necesarios para la convivencia y la perpetuación de la raza humana en la civilización. Pero adicional a esta "represión básica", Marcuse³ sostiene la existencia de una "represión sobrante" que consiste en otra serie de controles o restricciones introducidas por la propia dominación social, en función de sus instituciones históricas y sus intereses específicos.

En este sentido, la creciente productividad y consumo sustentan la actual ideología que reproduce y justifica la dominación. Los beneficios de la racionalidad del progreso son reales pero esta eficiencia del sistema altamente productivo y la

³. MARCUSE, H., op. cit.

represión de la totalidad convergen, es decir, paralelo al abaratamiento de la comodidad y el lujo, y de la expansión de la industrialización, el individuo es absorbido a tal grado por el sistema que la responsabilidad por la organización de su vida radica en el conjunto de instituciones que determinan, satisfacen y controlan sus necesidades. Esta discrepancia entre el potencial de liberación del sistema actual y su represión que se expande a todas las esferas de la vida y en todo el mundo, conforma la dicotomía del progreso y de ella derivan el dolor, la frustración y la impotencia del individuo contemporáneo.

En el juego social de determinar y satisfacer necesidades naturales e inventadas, se recrean diversos miedos y distintas formas de enfrentarlos que seguramente han variado de una cultura a otra. Así pues, la tensión entre ente singular y ente social, constante en toda sociedad, encuentra su apaciguamiento en la propia tendencia al orden de la cual deriva, entendiendo a éste como encarnación de la vida y sinónimo de seguridad, de no-caos; frente a esto, la adaptación, la búsqueda de apoyo o aprobación de los demás, constituye una manera de afirmarse como "individuo".⁴

El logro de esta adaptación, se halla principalmente en el

4. Como "individuo" entiéndase la dualidad ante singular-ente específico que maneja Agnes Heller en Historia y vida cotidiana, pág.115: "el ente singular humano obra siempre según sus instintos y necesidades, socialmente formados, pero referidos a su Yo, y en esa perspectiva percibe, interroga y da respuesta a la realidad; pero al mismo tiempo actúa como miembro de la especie humana, y sus sentimientos y sus necesidades tienen carácter humano-específico".

actuar de acuerdo a las normas socialmente establecidas, aunque esto se complica o resulta insuficiente frente a la existencia de otra serie de necesidades que son por sí mismas parte de los principios culturalmente regidores. Por ejemplo, en la sociedad industrial contemporánea, condicionada por una creciente cientificidad y por un exacerbado espíritu consumista y de competencia, los parámetros de bienestar y seguridad en la vida cotidiana reposan sobre el "éxito", entendido como esa "estabilidad económica y social" que básicamente se define por la sensación de ser útil, por la realización profesional, pero sobre todo por el alcance de una solvencia económica que permita sobrevivir en esta sociedad de desembolsos.

A final de cuentas, los medios para conseguir el éxito resulta ser lo que menos importa, aunque en términos generales la lucha se establece sobre la dominación y superioridad que se gana sobre los demás y bajo circunstancias especiales, a lo largo y ancho de todas las jerarquizaciones sociales. Pero considerando que las ventajas económicas y sociales no son las mismas para todos, los fracasos suelen ser mucho más frecuentes que las satisfacciones, además de que la cotidiana e inconsciente búsqueda de seguridad, de trascendencia, impulsada por esos logros y frustraciones, tiende a plantearse en términos inmediatistas y homogeneizantes.

Todas las preocupaciones que hilvanan el quehacer diario y que afectan a diferentes niveles, como son -entre muchas otras- la elasticidad de un salario o, en el caso de esta ciudad, el

transportarse a tiempo de un lugar a otro, subyacen casi inconscientemente en el ritmo monótono de la vida cotidiana, de tal forma que los temores quedan ocultos por esa represión que se interioriza, ofreciendo al diario acontecer una fachada de tranquilidad o bien de malestar irremediable.

Junto a estas angustias y miedos al fracaso, a la obsolescencia, al desplazamiento, a la estrechez económica, etc. -todos ellos provocados por la lógica irracional de la actual sociedad industrial tecnologizada- no podría dejarse de lado ese terror, también cotidiano, que inspira la agravante violencia característica de las grandes urbes y que se manifiesta en los altos índices de criminalidad registrados diariamente. El temor a ser víctimas de un asalto, por ser lo más común, representa un miedo que acosa consciente y abiertamente, ya no sólo por las pérdidas materiales que implica, sino sobre todo por las agresiones físicas que pudiera acarrear.

Paralelo a estos temores "menores", si es que se les puede calificar así, rondan otros miedos que por su amplio margen de afectación, por la frustración que representan frente a las promesas del progreso, y por el alto grado de incumbencia y responsabilidad que demandan, se han tornado en una problemática de la humanidad; me refiero a los peligros que conllevan la contaminación, el SIDA, las centrales nucleoelectricas, el terrorismo internacional y la posibilidad de una Tercera Guerra Mundial. Todos estos temores conforman un horizonte de incertidumbre: contribuyen, unos de manera más inmediata que

otros, a crear ese ambiente de desconfianza e inseguridad que vive el hombre, individual y socialmente.

Constituyen la encarnación de la insatisfacción a la que ha conducido el desequilibrio de la sociedad y la lógica contradictoria del desarrollo. Insatisfacción que va más allá que la inspirada por el destino personal, la corrupción e ineficiencia de las instituciones económicas y políticas o el debilitamiento de los lazos morales; es un malestar respecto al mundo en su conjunto, respecto a las limitaciones sociales y personales en su totalidad, es decir, una "insatisfacción holística y no específica" -como menciona Agnes Heller- que representa la desconfianza en un progreso "verdadero", en una época donde después de tantas "promesas solemnes" contra los genocidios, éstos reafirman constantemente su posibilidad sobre la aventura cósmica y el terror nuclear ⁵.

En un ensayo titulado "El sentimiento irónico de la vida" ⁶, Victoria Camps también contribuye a ilustrar, desde otra dimensión, el carácter del temor actual. Para ella, el miedo de hoy ya no es tanto el miedo a la destrucción definitiva, sino a "esas muertes parciales, lentas, que provocan el desaliento y el disgusto por la existencia", y que van desde las guerras, los terremotos, las contaminaciones atmosféricas y las dictaduras, hasta ese "largo etcétera" de la autora, donde quedan implicadas todas las pequeñas preocupaciones e "Inconmensurables

⁵. HELLER, A., Teoría de la Historia, pág. 256.

⁶. CAMPS, V., "El sentimiento irónico de la vida", pág.40,41

frustraciones cotidianas que van desengañando de vivir". Acompañando a estas experiencias, dice Victoria Camps, la incapacidad para pensar en el futuro y la inviabilidad de concepciones o programas totales, confirman "la extinción de todos los ideales ilustrados, modernos: la razón, el progreso, el saber absoluto", que fincaban la confianza del hombre en la ley y en la ciencia.

Hasta aquí podría concluirse, por un lado, que el miedo ha sido útil para toda organización social, tanto como catalizador de un orden "natural", como instrumento de dominación social, y que siempre se ha manifestado en la búsqueda de seguridad, ya sea a través de la pasividad y el conformismo, o mediante actitudes agresivas, de ataque y defensa.

Por otro lado, hay que reconocer que tanto la búsqueda de seguridad como la propia sensación de temor están determinadas culturalmente y por lo mismo presentan variaciones de una civilización a otra. En relación al miedo antiguo, basado principalmente en lo desconocido, en los misterios que encerraban los fenómenos naturales y que recreaban los ritos mágicos y religiosos, el miedo contemporáneo ha sufrido una transformación esencial; ha pasado a desencadenarse a partir de las certezas que brinda el método científico y el ingenio técnico, pues dadas las experiencias de la cultura contemporánea, cada nueva verdad o descubrimiento tiende a abrir paso a nuevos errores e incertidumbres. De hecho en este proceso científico-técnico, impulsado como intento liberador de aquellos antiguos miedos, los

actuales controles sociales hallan su justificación y se han perfeccionado cada vez más.

Se sabe que dentro del avance científico del que se enorgullece tanto la sociedad contemporánea, queda incluido lo que a efectos psicológicos se refiere. Las técnicas del "análisis motivacional" que ha llegado a formar parte esencial de actividades como la publicidad y la propaganda, son un claro ejemplo de la eficacia que han alcanzado los estudios y el manejo de los hábitos, los sueños y ansias ocultas del hombre; seguramente que en este mismo sentido, las reacciones del miedo han sido bien reconocidas y aprovechadas como mecanismos de poder.

Pero aún reconociendo la explotación que del temor se hace, la creciente complicación de la vida social borra las posibilidades de hallar culpables; de alguna forma todos estamos involucrados en la misma dinámica y parecemos compartir la misma sensación de impotencia. Cuanto más ofuscadas están las relaciones sociales, el individuo se siente más amenazado por fuerzas externas que funcionan independientemente de su selección y decisión, por lo tanto, la ansiedad se vuelve más frecuente y general.

CAPITULO 2 Miedo personal y colectivo

Retomando uno de los planteamientos anteriores, de que el

miedo se sufre tanto personal como socialmente, es importante reconocer, por un lado, que aún colectivamente la sensación surge y se asimila finalmente en cada individuo, y por otro lado, que existen ciertas diferencias que se dejan vislumbrar entre el miedo personal y el colectivo, pero que por impredecibles -como todos los fenómenos sociales y reacciones psicológicas- sería un error considerarlos como normas o constantes.

Estas diferencias no residen tanto en la fuente del temor, que en muchos de los casos se traduce en lo mismo, sino más bien en la forma en que se percibe y se enfrenta el peligro.

El miedo se acentúa cuando uno se encuentra solo, en cambio, cuando uno se siente parte de la masa, el temor parece aligerarse. La muerte, por ejemplo, que significa el extremo de la soledad y la impotencia, se teme a ambos niveles pero cuando se la enfrenta a través de una acción colectiva, cambia su aspecto; incluso su proximidad puede intensificar la vitalidad de todos y cada uno de los miembros del grupo, como sucedió en la Ciudad de México a raíz del terremoto de 1985, o como se puede esperar que ocurra en las luchas guerrilleras.

La tendencia a agruparse para vivir y sobrevivir es una reacción que podría considerarse socialmente natural y se entiende por el apoyo y la fuerza que se adquieren al actuar en comunión con un grupo; sin embargo, Freud en Psicología de las masas ya reconocía la dificultad para explicar el por qué de las diferentes actitudes en masa, debido principalmente a la impredecibilidad a la que me refería antes. No obstante, en esta

obra hace algunos planteamientos sobre todo en relación a la intensificación de los lazos afectivos, de las pasiones, y a la disminución de la represión intelectual o racional que, según él, marcan la esencia del alma colectiva, de la masa.

Si bien Freud trasciende los planteamientos que Le Bon hizo sobre los caracteres de las multitudes, matizándolos con elementos tales como la "identificación" y una distinción entre diversos tipos de masas, de alguna forma recupera lo que a la sugestibilidad se refiere, es decir, el alto grado de excitabilidad e impulsividad que conlleva a los individuos integrados a adquirir caracteres especiales, a veces opuestos a los del individuo aislado, y el "sentimiento de potencia invencible" que el individuo experimenta en la multitud, tan sólo por la magnitud de esta.

Generalmente con esta sensación de omnipotencia tienden a desaparecer las inhibiciones individuales, y en el anonimato de la multitud todo sentimiento de responsabilidad se aligera. Tal es el caso del valor y la motivación que se cobra en una manifestación para gritar o actuar de determinada manera, y que seguramente uno solo no se atrevería a salir a la calle y hacer lo mismo, sobre todo porque sería tachado más fácilmente de transgresor o de loco.

Sólo que este efecto aligerante y unificador del peligro no siempre se da; se mantiene mientras la masa no se dispersa por nada, mientras sigue soportando el miedo que la impulsa, extrayendo su energía de la cohesión. Esta manera colectiva de

sobrellevar el miedo, es lo que Elias Canetti ha llamado "fuga en masa", precisamente por la dirección común de su huida ⁷.

Pero así como en esta reacción la amenaza genera vitalidad y el miedo se hace soportable, igualmente puede suceder todo lo contrario: que lejos de que el peligro apacigüe el temor, lo exacerbe, y que en lugar de motivarse solidaridad, estos lazos se rompan y cada individuo se convierta en un obstáculo para los otros. De esta forma se genera un estado de miedo e inseguridad extrema, donde la masa se desintegra y la huida pierde su dirección común, estableciéndose como una lucha de todos contra todos, en un intento por salvarse cada uno por sí mismo; es entonces cuando la "fuga en masa" se convierte en "pánico" ⁸.

Además de este tipo de enfrentamientos activos del miedo colectivo, que generalmente se manifiestan violentos y que están condicionados sobre todo por la reunión física de la masa, existe otra forma de asimilarlo que podría definirse como pasiva o indirecta, precisamente porque no requiere de esa reunión. Es una especie de participación silenciosa que también tiene la ventaja de esconder los posibles vestigios de culpabilidad compartida; tal es el caso de la tensión y la actitud que desencadenan los

7. CANETTI, E., Masa y Poder, pág. 48.

8. Ibidem, pág. 21
Cabe retomar la aclaración que hace Freud (Psicología de las masas, pág. 35) sobre el uso de la palabra "pánico": además de su connotación colectiva, en cuanto a la intensificación del peligro que amenaza al conjunto, y a la ruptura de los lazos afectivos que lo cohesionaban, también se aplica al miedo individual cuando éste ha superado cierto límite, y para los casos en que la explosión del miedo no aparece justificada por las circunstancias.

reportes y comentarios en torno a la creciente violencia
ciudadina, la amenaza del SIDA o el peligro del armamentismo, de
la que actualmente y cada uno participamos a través de los
periódicos, el radio, la televisión e incluso de los rumores. Al
respecto, escribe Canetti:

"La aversión ante el matar colectivamente es
de fecha muy reciente, aunque no debe
olvidarse que también hoy cada uno participa
en las ejecuciones públicas a través del
periódico. Sólo que, como todo, es más
cómodo. Uno está tranquilamente sentado en su
casa y entre cien detalles se puede demorar
en aquellos que a uno lo excitan de manera
especial. Cuando todo ha pasado, el placer no
se ve empañado ni por el más leve vestigio de
culpabilidad compartida. Uno no es
responsable, ni por la condena, ni por los
testigos, ni por su relato ni tampoco por el
periódico que imprimió este relato." ⁹

Es cierto que hoy estamos mucho más informados que antes,
pero esto no significa, aunque suene contradictorio, que hemos
dejado de ser víctimas de la desinformación; si bien la difusión
de la información ha ganado en extensión, cantidad y rapidez, su
carácter no deja de constituir un problema: su objetividad y
veracidad no son ninguna garantía, y muchas de las noticias que
se reciben versan en lo intrascendente y el sensacionalismo.
Junto a esta especie de auge informativo y sobre el actual
laberinto de la vida social, se asienta nuestra impotencia para
reclamar o resistir, y a veces hasta para reconocer la
importancia de los hechos que, gracias a la mitigante industria
de la diversión, se vuelve efímera, tal como el dolor se

⁹. CANETTI, E., op.cit., pág. 47.

desvanece en el olvido.

Muchas veces el motivo unificador de la masa, en este caso ante una situación de peligro, resulta ser meramente espontáneo, pero en ocasiones la sensación de amenaza y la reacción frente a ésta se instrumentaliza. Son bien conocidos los casos de manipulación de multitudes que jefes políticos y religiosos, e incluso los medios de comunicación, han realizado persuadiendo de la existencia de algún peligro. De cualquier forma, creo que es importante tener presente la gran fuerza que posibilita el enfrentamiento colectivo del miedo, sus ventajas y riesgos para la seguridad.

CAPITULO 3 El miedo como móvil social

A. Medios amedrentadores: el miedo como instrumento político

Como contemplaba anteriormente, el miedo es una reacción natural ante situaciones amenazadoras de la seguridad individual y social. Tales situaciones, así como sus consecuencias -el temor- suelen desarrollarse de manera espontánea, aunque esto no ha impedido su sometimiento a cierto control y cálculo, de manera que se ha hecho posible la racionalización de su utilización tanto comercial como política.

Sería una falacia el considerar que esta instrumentalización de reacciones tan espontáneas como lo es el temor, se dé de

manera absoluta, pues ni siquiera actualmente, con todas las sofisticaciones científicas y técnicas -incluso en materia psicoanalítica-, se ha logrado el control total de las sensaciones y actitudes humanas; su impredecibilidad todavía subsiste. Pero si es importante reconocer que la profundidad de los estudios en este terreno han fructificado en el aprovechamiento de circunstancias un tanto esperadas o provocadas.

El temor es un mecanismo cultural utilizado por las sociedades desde la etapa primitiva como medio de dominio y represión social; actualmente la explotación política del miedo se canaliza y retroalimenta a través de diversos medios que, solapados y asumiendo unos más que otros el carácter de "amedrentadores", tienden a complementarse entre sí y a conformar parte de la extensa red de la vida cotidiana.

MANIPULACION DE LA INFORMACION

Ocurre que la retención o encubrimiento (censura) de determinadas informaciones y la validación de ciertos juicios imprecisos o incorrectos, se da también al margen de los actuales medios de comunicación masiva, pero son a través de éstos donde la manipulación informativa se manifiesta en pleno.

El manejo de la información responde, desde luego, a intereses comerciales o políticos que no se refieren exclusivamente a los del Estado, sino a los de cualquier otra organización que tenga a su alcance la posibilidad técnica y

organizativa de disponer o participar en los medios de comunicación -llámese prensa, radio o televisión- a los que la población está más expuesta y en los que los Estados modernos, unos más que otros, tienen asegurado su lugar.

El control se ejerce a partir de tácticas como son la fragmentación o focalización en la distribución de la información, que consiste prácticamente en la avalancha de múltiples noticias que, desvinculadas entre sí, golpean casi continuamente a la opinión pública. Así también, la sensación de urgencia creada en el énfasis en lo inmediato, tiende a resaltar y luego a disipar la importancia de los temas ⁹.

Otras tácticas manipulatorias son el común manejo discursivo de visiones maniqueas y la "regularización lingüística" que determina desde el empleo de juicios hasta la reglamentación en la utilización e interpretación de ciertas palabras. Por ejemplo, Bernhard Badura en Sociología de la Comunicación, da unas cuantas referencias sobre instrucciones que sostenía la Secretaría de Prensa del Gobierno del Tercer Reich, donde se prohíbe mencionar determinados sucesos y utilizar algunas palabras tales como "catástrofe", en cuyo lugar había que escribir "situación de gran emergencia", "evacuación", sustituida por "transporte de niños al campo", o "Sociedad de Naciones" por "liga de Ginebra" u otras similares ¹⁰.

Quizás porque los exhaustivos análisis y referencias al

9. SCHILLER, H.I., Los manipuladores de cerebros.

10. BADURA, B., Sociología de la Comunicación, pág. 157

nazismo y stalinismo han contribuido a destacar su rigidez, generalmente resulta más sencillo identificar la manipulación informativa con los regimenes considerados formalmente "Totalitarios" ⁸, y cuesta más trabajo el reconocer su existencia en las "democracias occidentales", no porque sea menos efectiva sino porque se lleva a cabo de manera menos centralizada y transparente. También aquí florecen los discursos maniqueos y despoltizantes, no sólo porque reducen el pensamiento crítico encasillándolo en dicotomías del tipo libertad-totalitarismo, amigo-enemigo, etc., sino también porque suele referirse al ámbito de la política como algo peyorativo, reprimiendo y desprestigiando pretendidos brotes de oposición como pudieran ser los movimientos universitarios, campesinos, etc.

Dentro de su complejidad y como parte de su propia dinámica, el proceso de manipulación se vale de impulsar ciertos mitos que pretenden encubrir o negar su existencia. Entre estos mitos se encuentran el enfocado a hacer creer en la inobjetabilidad de las instituciones argumentando su neutralidad y objetividad; aquél que niega las raíces sociales del conflicto y lo aborda como un problema individual, tanto en su origen como en sus manifestaciones, y el mito del pluralismo de los medios que tiende a confundir la abundancia de medios con la diversidad de contenido, siendo que en la mayoría de los casos la industria de

⁸. Con el término de regimenes formalmente "Totalitarios" se hace referencia a las sociedades que sustentan como sistema político el que caracterizó a la Alemania nazi y el que se ha dado en llamar "socialismo real"; considérese a la Unión Soviética, Checoslovaquia, etc.

las comunicaciones en general está monopolizada, esto es, el cine, el radio, la televisión y la prensa, generalmente conforman un mismo sistema ¹¹.

Si se piensa en la rapidez, área de acción y emotividad que han alcanzado el radio y la televisión, con el trasfondo y recreación de situaciones y personajes que implican sus programas, se comprende la profunda influencia que pueden llegar a tener comentarios e informaciones que se manejan desde los propios noticieros; y es que la desvirtualización de la información va más allá de la "desinformación", pasando a tomar parte importante en el sentir social y en la formación de la opinión pública.

Con esto no quiero decir que la manipulación siembre sus efectos de manera inmediata, como si actuara sobre una tabla rasa, al contrario. Este enfoque hace tiempo que fue superado e incluso uno de los comentarios que se hizo más popular a propósito del papel manipulador de la televisión, es el de que no puede considerarse la influencia de este medio sobre los telespectadores como si éstos fueran cajas vacías; no puede dejarse de lado la conjugación de elementos socio-culturales que implican todos y cada uno de los individuos, y que de hecho son bien conocidos por quienes construyen explícitamente mecanismos de manipulación.

Lo que sí se ha hecho evidente es que los progresos en tecnología de comunicaciones han abonado el terreno para el

11. H. Schiller, op. cit.

surgimiento de formas de manipulación más refinadas, al grado de que, por ejemplo, reconociendo la vigencia de la censura, en ocasiones ésta parece ser superada por la no menos violenta autocensura, cuya dinámica prescinde ya de una directa coerción del exterior y responde más a mecanismos de control interiorizados **.

De acuerdo a todo lo anterior, cabe destacar el impacto intimidatorio que puede provocar la manipulación de ciertas noticias e información en general, tal como ocurre con el rumor y la propaganda.

PROPAGANDA

Se le puede reconocer como una forma de manipulación informativa con fines puramente ideológico-políticos y, sobre todo actualmente, como instrumento esencial en la lucha ideológica que ocupa en gran parte el escenario internacional.

Los cambios en el sistema general de relaciones internacionales que se suscitaron a partir de la Segunda Guerra Mundial, como son el establecimiento de nuevos lazos de hegemonía, la división del mundo prácticamente en dos bloques y el fortalecimiento de la influencia de las masas en el terreno político, han hecho de la lucha ideológica o de la llamada "guerra psicológica", un elemento importantísimo de la política exterior.

** La dinámica de la "autocensura" responde a la de la "autovigilancia", la cual es abordada más adelante dentro de este mismo apartado.

Las posibilidades técnicas para tal lucha han crecido: nuevos y más perfectos medios de información, comunicación e influencia en la opinión pública -entre ellos la propaganda- se han desarrollado velozmente. Muestra de este avance técnico son las nuevas redes internacionales de comunicación electrónica que se han establecido con los satélites y que han permitido, junto con todos los demás canales de difusión, extender la supremacía básicamente norteamericana más allá de lo económico y militar, al poder que proporciona la penetración cultural a nivel mundial.

Retomando concretamente la importancia que juega la propaganda dentro del complejo internacional de comunicación y de la política en general, cabe aclarar que si bien sus objetivos últimos se han mantenido sobre la tendencia a influir ideológicamente en el comportamiento humano, sus métodos e implícitamente su concepción, han variado.

De considerarse la actividad destinada a modificar directamente ideas y opiniones a través del convencimiento racional, de argumentos contruidos generalmente en circunstancias especiales y a la expectativa de obtener resultados inmediatos, la propaganda ha pasado a ser una forma de comunicación permanente, cotidiana, enfocada antes que nada a la creación de actitudes y dirigida más al inconsciente de las masas, a los sentimientos, que a la inteligencia. Queda aquí implícito el elemento de violencia o de amenaza que tiende a caracterizar la propaganda como un medio amedrentador, intimidatorio.

L. Fraser define a la propaganda como la actividad o el arte

de influir en el comportamiento de los hombres apelando no sólo a su intelecto sino además y sobre todo a los sentimientos de un modo directo o indirecto; " 'a cualesquiera sentimientos simples como el temor, a los complicados como el orgullo o el deseo de aventuras, a emociones bajas tales como la envidia o las elevadas como la compasión o el desinterés, a emociones egoístas como la avaricia o las altruistas, por ejemplo, el instinto familiar.' " 12

De esta manera la propaganda se interna y asienta su eficacia en un proceso de intimidación lenta e imperceptible de actitudes para lo cual echa mano de la investigación científica, sobre todo de la psicología, con el propósito de recoger las opiniones de las masas más que de fundirlas, tal como ocurre con cierta publicidad.

El cientificismo de la propaganda de masas ha sido universalmente socorrido en la política moderna, pero desde luego los máximos exponentes de la obsesión por las pruebas "científicas" siguen siendo las propagandas nazi y bolchevique previas a la toma del poder, que elevaban la ideología del racismo por un lado y del socialismo por el otro, al rango de "profecías científicas".

Las tácticas propagandísticas se han enriquecido con la innovación y el perfeccionamiento tanto de los medios de difusión como de los métodos de investigación, y varían de acuerdo a los

12. Cita de L. Fraser incluida en ARBATOV, J., et. al., La manipulación del hombre ..., pág. 42.

objetivos particulares para los que son utilizadas. Por ejemplo, dentro de la llamada propaganda "habitual" ¹³ que abarca entre otras cosas la elección y "preparación" de la información, así como diversos métodos para desviar a las masas de los problemas esenciales, es muy común que en cualquier nación que lleve a cabo elecciones presidenciales o de otro tipo, la propaganda de proselitismo se base en el manejo discursivo de determinadas situaciones, en la construcción de imágenes y en la exaltación de conceptos -la mayoría de las veces ambiguos- como son los de "paz", "progreso", "política moderna", etc., en función de los cuales se crean frases sugestivas que funcionan como fuente de legitimidad, para quedar bien con todos y simular un discurso democrático.

El objetivo de dicha propaganda es proyectar una imagen de "prestigio", "seguridad", etc., en torno al grupo de poder y de aquellos que lo disputan. De esta manera la propaganda de los gobiernos que se impulsa desde y hacia la burocracia que los sustenta, presenta a esta bajo la imagen de defensor y vigilante de los intereses supremos del Estado, de servidor y celoso protector del bienestar del pueblo.

Con esta creación de imágenes reconfortantes para el grupo político de que se trate, la propaganda constituye un instrumento que permite, una vez conquistado el poder, conservarlo y consolidarlo, promoviendo su aceptación. Como comenta Arendt a propósito de la propaganda totalitaria, el verdadero objetivo de

13. ibidem, pág. 35-72.

ésta, aún bajo circunstancias no totalitarias, no es persuadir sino organizar un mundo ficticio de tal manera que las mentiras propagandísticas actúen y reaccionen de acuerdo a las normas de este 14.

Así, Hitler supo dar la imagen de fortaleza al Estado alemán enardeciendo la guerra; hoy de alguna manera los Estados Unidos la logran para sí haciendo discursos maniqueos anticomunistas y haciendo propaganda de sus conquistas espaciales y del poder de sus arsenales bélicos.

Como se mencionaba anteriormente, bajo esta nueva concepción de actividad interesada por los distintos métodos para la influencia directa en la conducta de las personas más que por su ideología y convicción, la propaganda pasó a ser, junto al terror, una parte inevitable de la "guerra psicológica", trascendente de su marco usual durante la Segunda Guerra Mundial. Esta condición le valió a la propaganda su legitimación como instrumento de la política en tiempos de paz y como tal se ha manifestado, por ejemplo, en lo que se conoce como "propaganda blanca", dirigida y reconocida por una fuente fidedigna o representante oficial, "propaganda gris", sin una fuente especialmente reconocida, y "propaganda negra", donde la fuente auténtica está falseada, permitiéndole camuflarse en la extensión de rumores.

A esta última, a la propaganda negra, se le ha reconocido como la forma más socorrida por el fascismo -y aún actualmente

14. ARENDT, H., Los Orígenes del Totalitarismo, pág. 447.

por la CIA- porque, gracias a sus características y a que la mayoría de sus operaciones ("negras") eran encomendadas a los servicios secretos, contribuía con el operativo de violencia a difuminar las fronteras entre la propaganda, el espionaje, la diversión y el terror, creando el ambiente ideal de aquella guerra psicológica.

Pero lo cierto es que el servicio de este tipo de propaganda profunda o "de zapa" ¹⁵ actuaba conjuntamente con el servicio militar y de espionaje, tanto del lado nazi como del de los aliados. Incluso, la actual preponderancia de Estados Unidos en el entramado mundial de información, en el desarrollo de la electrónica, la informática y las tecnologías espaciales, son producto del quehacer de su "complejo militar-industrial" creado desde la última guerra mundial y que ha extendido sus actividades a las estrategias de penetración civil o "pacífica" ¹⁶.

EL RUMOR

El rumor, esas voces muchas veces confusas que vienen y se van, que circulan de boca en boca y que captamos en la calle, en el transporte público e incluso a través de ciertos comentarios en la prensa, el radio y la televisión, no constituyen un instrumento exclusivamente intimidatorio aunque se prestan para ello; de hecho, su eficiencia suele reconocerse más por la difusión de cuestiones o situaciones desagradables que

¹⁵. ARBATOV, J., op. cit.

¹⁶. EUDES, Y., La colonización de las conciencias, cap. 4.

favorables, tal vez por el morbo o la inquietud que despiertan las llamadas "malas noticias" y que hacen que se sepan más pronto que las "buenas".

La importancia del rumor estriba en la fuerza que, como medio de comunicación popular, ejerce sobre el pensar y el actuar cotidiano, sobre el sentido común de toda una sociedad. Por eso no es de extrañar que con su lenguaje simple y declarativo, muchas veces su difusión gane más credibilidad y rapidez que la de muchas otras noticias con carácter oficial.

Los rumores "corren" cuando los acontecimientos revisten cierta importancia en la vida de los individuos, y los detalles al respecto son incompletos o ambiguos. En este sentido, el rumor sirve como elemento de racionalización, pues pretende explicar, justificar y otorgar significado al ambiente circundante. Aunque las modernas fuentes de información han reducido la dependencia al rumor, no han contrareestado su importancia en la vida cotidiana, pues al mismo tiempo los horizontes y las áreas de ambigüedad se han ensanchado.

Además de una apariencia informativa, los rumores guardan intenciones valorativas, es decir, constituyen una especie de escape o descarga emocional que alivia ciertos estados de ánimo cuyo abierto enfrentamiento pudiera resultar inaceptable. De ahí que, por ejemplo, los rumores clasificados de odio y hostilidad desencadenen discordias y cuentos acusatorios, o los rumores de miedo que inhiben con malos presagios.

Siguiendo con las ideas de Allport y Postman, los rumores

ganan crédito precisamente porque disfrazados de hechos reales y muchas veces bajo la palabra de alguna autoridad, los receptores y transmisores potenciales no reparan en su sentido oculto, en sus intenciones valorativas.

Una característica clave del rumor es la inexistencia de medios probatorios seguros para demostrarlo; su fuente es imprecisa. Aún cuando las "campañas de murmuraciones" remitan a una posible medición de la intensidad de la difusión y admisión de rumores, la dinámica de éstos termina por perderse en lo azaroso. Supuestamente este aspecto establece una de las fronteras entre el rumor y la "noticia", pero lo cierto es que la confiabilidad de ésta tampoco es absoluta y frecuentemente el complejo informativo no ofrece más que la disyuntiva de creer o no, misma que acompaña a los rumores.

De hecho, muchas notas y encabezados en los periódicos y revistas parecen caer en el terreno clásico del rumor, ya sea por la interpretación equivocada de la autenticidad de una noticia, o debido a la asimilación de alguna tendencia por parte del periodista o editor. Esto hace muy difícil el afirmar lo que es o no un rumor, tanto como definir lo que es una prueba segura, objetiva.

Sin embargo, se considera que todo rumor cuenta con un "grano de verdad" en el sentido de que casi todos parten de una cierta percepción conforme a la realidad exterior, pero a lo largo de su difusión la información se va complicando de acuerdo a la vida mental de portadores y transmisores. Cuando el río

suena es que agua lleva", advierte un dicho popular, y representa el carácter de verídico que en el fondo se le atribuye a los rumores a pesar de escucharlos o platicarlos con cierta reserva, más o menos como sucede con los chismes.

Claro que hay rumores de los que se duda más fácilmente que de otros, pero de cualquier manera cuando se rumorea -por ejemplo- que el precio de la gasolina va a subir, o que la frecuencia de los asaltos aumenta a partir de cierta hora de la noche, o bien que en cualquier momento una pequeña falla técnica puede desencadenar la destrucción del mundo, nadie se salva de sentir una contracción de ombligo por ligera que sea, ni deja de tomar sus precauciones. Y es que "son tan grandes las deformaciones derivantes del proceso de engaste (esto es, de la nivelación, la acentuación y la asimilación a los sentimientos personales) que nunca, en ninguna circunstancia, está exento de peligro el dejarnos guiar por el rumor en nuestras creencias y nuestra conducta." 17

Estas características del rumor, sobre todo su popularidad, rapidez e impacto en la opinión pública, son las que hacen pensar en él como un efectivo medio para despertar y transmitir estados alarmantes con claras intenciones como suele ser el centrar o desviar la atención sobre un aspecto en especial.

Se sabe que en tiempos de crisis o de guerra los rumores se acentúan al grado de amenazar la seguridad nacional, haciendo

17. ALLPORT, G.W. y L. Postman, Psicología del Rumor, pág. 149.

cundir la alarma o creando vanas esperanzas que inspiran complacencia y apatía. El nazismo, por ejemplo, lograba sembrar la confusión y la desmoralización, utilizando una ofensiva de rumores como táctica de guerra psicológica, fincada principalmente en la estrategia del terror.

Hoy la importancia del rumor como fenómeno social subsiste tanto en el circular de la conversación espontánea como en la palabra impresa, y como siempre, reserva su cariz e intensidad al devenir de las circunstancias. Sobresalen en la vida nacional y a niveles sociales más reducidos, pero mundialmente también se han compartido; pienso en todas las feroces murmuraciones que envolvieron al descubrimiento de los primeros casos del SIDA, e imagino lo que sería un rumor en torno al pavor de una inminente Tercera Guerra Mundial o un colapso ecológico universal.

Tal parece que mientras haya factores como el odio, el miedo, la esperanza o la búsqueda de explicación que motiven los rumores, éstos seguirán tensionando el ambiente y corriendo de boca en boca, a modo de sustento de la vida social.

VIGILANCIA / AUTOVIGILANCIA

Desde siempre la vigilancia ha constituido un mecanismo disciplinario que el poder ha demandado para ejercer el control, y se ha implementado desde la estructura jerarquizada típica de toda institución, ya que este tipo de organización permite manipular el cómo y el para qué de cualquier actividad, ajustándola a determinada reglamentación.

Sin embargo, como bien lo plantea Foucault, en el transcurrir de los siglos XVII y XVIII los procedimientos disciplinarios han adquirido una nueva modalidad: se han convertido ellos mismos en "fórmulas generales de dominación". Persiguen una coerción constante, ininterrumpida, que versa sobre el control minucioso de las actividades del cuerpo humano más que sobre sus resultados, imponiéndole una relación de "docilidad-utilidad" ¹⁸.

En este sentido el dispositivo de la vigilancia, que "coacciona por el juego de la mirada", también se ha ido modificando: "un arte oscuro de la luz y de lo visible ha preparado en sordina un saber nuevo sobre el hombre, a través de las técnicas para sojuzgarlo y de los procedimientos para utilizarlo." Han surgido "las pequeñas técnicas de vigilancias múltiples y entrecruzadas, unas miradas que deben ver sin ser vistas", tal como lo inspiran el "examen" y las "sanciones normalizadoras" aplicadas desde la familia hasta el ejército ¹⁹.

"Gracias a las técnicas de vigilancia la 'física' del poder, el dominio sobre el cuerpo se efectúa de

¹⁸. Foucault marca este momento histórico porque, basándose en la existencia de registros "anatomo-metafísicos" y "técnico-políticos" de la época, considera que es cuando se lleva a cabo "todo un descubrimiento del cuerpo como objeto y blanco de poder". Esta nueva manera de conceptualizar el cuerpo humano se orienta "no únicamente al aumento de sus habilidades, ni tampoco a hacer más pesada su sujeción", como podría pensarse que ocurría con el vasallaje o la esclavitud, "sino a la formación de un vínculo que, en el mismo mecanismo, lo hace tanto más obediente cuanto más útil, y al revés". FOUCAULT, M., Vigilar y Castigar, pág. 140-141.

¹⁹. Ibidem, pág. 176.

acuerdo con las leyes de la óptica y de la mecánica, de acuerdo con todo un juego de espacios, de líneas, de pantallas, de haces, de grados, sin recurrir, en principio al menos, al exceso, a la fuerza, a la violencia". 20

Claro que las técnicas varían de una institución a otra, pero en general se traducen en la limitación del individuo; en su distribución dentro de un espacio, en la orientación de su conducta, así como en la organización temporal de su actividad.

Los resultados de la vigilancia se atribuyen, por un lado, a la misma sensación o conciencia de ser vistos continuamente, y por el otro, al temor que inspira la amenaza constante del castigo; pero su eficacia como medio amedrentador ha culminado en la fuerte interiorización de normas y lazos de poder que provoca. El individuo ha terminado por autovigilarse y autoreprimirse, al grado de que la coerción ha dejado de ser un impulso puramente exterior; tal es el caso de los tan familiares prejuicios que sobre una guía maniqueísta y a veces sin descubrirse, nos abruma constantemente.

Así es como la disciplina se perfecciona: adentrándose en el anonimato al identificarse cada vez menos con una institución en particular, y convirtiéndose en un modelo de funcionamiento generalizable, "panóptico" 21, que no define sólo las relaciones

20. Ibidem, pág. 182.

21. Referencia al análisis que hace Foucault del "funcionamiento automático del poder", que opera a través de la inducción en el individuo de un estado consciente y de una sensación de encontrarse permanentemente vigilado; tal análisis parte del modelo arquitectónico de una cárcel, elaborado por J. Bentham. Idem.

de soberanía, sino todas las relaciones de poder en la vida cotidiana de los hombres. Y es así también como el poder se transmuta en orden; desarrollándose a modo de hábitos y costumbres sobre el comportamiento cotidiano, se hace cada vez más sutil pero a la vez más eficaz, afianzando discretamente su legitimidad.

VIOLENCIA

Aún cuando se reconoce la universalidad de la violencia, la discusión en torno a su origen biológico o sociológico sigue vigente. El antropólogo Pierre Clastres por ejemplo, a diferencia de otros como los representantes del discurso naturalista, sostiene que las raíces de la guerra y la violencia no radican en la realidad del hombre como especie, sino en el ser social de la sociedad primitiva; que su universalidad no tiende hacia la naturaleza sino hacia la cultura ²².

Las discrepancias continúan y ni siquiera ha podido establecerse una única definición del término violencia, pues éste también varía según el contexto ideológico en que se le utiliza. Hay autores que la consideran el acto de violar un derecho básico del ser humano, entendiendo por éste el derecho al propio cuerpo y a la autonomía (incluyendo el aspecto psicológico). En cambio, hay otros que no reconocen las presiones sociales o psicológicas, tales como las discriminaciones

22. CLASTRES, P. , Investigaciones en ..., pág. 190.

económicas, culturales y administrativas, como actos de violencia, reduciendo éstos a las agresiones puramente físicas.

En lo que sí parecen coincidir casi todas las concepciones, es en el carácter instrumental de la violencia, sobre todo de aquella que algunos llaman "organizada" y dentro de la cual clasifican la "violencia política", encaminada a mantener o cambiar un orden normativo, y la "violencia criminal" que sin estar dirigida directamente a la defensa, quebrantamiento o restauración de un orden normativo, puede contribuir a ello ²³.

Este valor instrumental es el que, esencialmente, desmiente una inmediata equivalencia entre poder y violencia. El poder, inherente a la existencia de las comunidades políticas y esencia de todo gobierno, no necesita de justificación sino de legitimidad, en cambio la violencia, instrumental por naturaleza, requiere de una dirección que la oriente para alcanzar el fin que debe justificarla.

Teóricamente se establecen distinciones entre poder, autoridad y violencia, pero en la realidad no se dan de manera pura y suelen combinarse. Políticamente, dice Arendt, violencia y poder son lo mismo pero a la vez son términos contrarios: donde la una domina por completo, es decir, donde los medios destructivos sobrepasan al fin propuesto, el poder permanece ausente. "La violencia aparece donde el poder se halla en peligro; pero abandonada a su propio impulso, conduce a la

²³. GRUNDY, K.W. y M.A. Weinteln, Las Ideologías de la Violencia.

desaparición del poder." 24

En este sentido, la violencia puede destruir el poder mas es incapaz de crearlo porque n constituye en si misma una fuente de legitimidad, aunque también se ha confirmado como medio para alcanzarlo y conservarlo, pues incluso con un amplio consenso o apoyo popular (clave legitimadora del poder) tras de si, la fuerza y la violencia pueden ser técnicas efectivas de persuasión. 25.

"Ni la violencia ni el poder son fenómenos naturales, es decir, manifestaciones del proceso vital: pertenecen al reino político de los asuntos humanos cuya cualidad esencialmente humana queda garantizada por la facultad humana de actuar, la capacidad de empezar algo nuevo."

Y partiendo de que esta capacidad humana ha sido una de las que más ha sufrido por el progreso de la época moderna, podría pensarse que "gran parte de la glorificación actual de la violencia encuentra su causa en la frustración de la facultad de acción en el mundo moderno." 26

Basta pensar en el crecimiento de las burocracias que han logrado bloquear los canales de acción política, aún en Occidente donde la libertad de expresión y de asociación ya no son demandas previas para ejercer "significativamente" la libertad.

Retomando la primera concepción sobre la violencia, a la que hacia alusión en un principio, la eficacia de este medio se

24. ARENDT, H., Sobre la violencia, pág. 52.

25. Ibidem, pág. 23.

26. Ibidem, pág. 73,74.

centra totalmente en la intimidación, en el temor al dolor y a la muerte que desencadena a través de agresiones físicas y también psicológicas, aún cuando se le utilice como una simple amenaza o instrumento propagandístico.

Aunque la tortura viene siendo el símbolo de la violencia, la forma más explícita del control social, el fenómeno del terrorismo representa, hoy por hoy, el ejemplo más claro de ambos implementos de la violencia, tanto como agresión física como psicológica.

Al respecto, Henry Lefebvre y Norbert Lechner, cada uno sobre su particular plano de análisis, hacen referencia a las sociedades modernas donde las coacciones no se perciben ni se viven como tales, sino que son admitidas o interpretadas como condiciones de una aparente libertad; donde la violencia a modo de coacción física se reserva como última instancia, y donde fuerza del grupo dominante se vale más de la represión (a nivel grupal o individual) en la cotidianidad organizada.

Esta sociedad "sobre-represiva", sostiene Lefebvre, es la que suele ser identificada como una "sociedad terrorista", cuando tiene como objetivo y soporte la organización de la cotidianidad, haciendo reinar el terror a través de la violencia latente ejercida desde todas partes, diferente a una "sociedad aterrorizada" donde el terror político se localiza y no puede atribuirsele a la sociedad entera ²⁷.

Así pues, la violencia se hace latente; en el proceso de

27. LEFEBVRE. H., La vida cotidiana en el ..., pag. 177-186.

ordenamiento de la realidad que lleva a cabo el poder político, escribe Lechner, "la violencia se vuelve difusa y deviene omnipresente. Pareciera no tener autor sino residir en la vida cotidiana en que las cosas son lo que son. La política se volatiliza en el destino." 28

B. El Totalitarismo: terror e intimidación

Seguramente que la manifestación más clara y contundente del miedo como móvil social, y además en su forma extrema -el terror- han sido los regímenes "totalitarios", circunscritos teóricamente en lo que se ha llamado las "dictaduras modernas" 29, enarboladas por un Estado fuerte cuyo poder se extiende más allá del ámbito político, a todas las esferas del individuo, e identificados formalmente entre 1930 y 1940, dentro de los márgenes del Fascismo Italiano, la Alemania nazi y la Rusia stalinista.

Es cierto que el "Totalitarismo" cuenta con un conjunto de elementos característicos que lo definen y lo distinguen de otras formas de dominación, de tal manera que podría ser adjudicado exclusivamente a tales sociedades, pero es importante reconocer

28. LECHNER, N., La conflictiva y nunca acabada ..., pág. 59

29. Refiriéndose principalmente a los fenómenos de la revolución bolchevique, la instauración de la dictadura en Italia y en Alemania, David Thomson identifica la esencia de la dictadura moderna en "el monopolio del poder oficial por parte de un partido político originalmente establecido para realizar una revolución". THOMSON, D., Historia Mundial de 1914 a 1968, pág. 144.

que algunas de esas características esenciales han revasado los límites de aquellos regimenes y han sido utilizadas por otros, una vez que su eficacia como técnicas de dominación ha quedado comprobada. En este sentido, no estaría tan lejana la posibilidad de reconocer cierta tendencia totalitaria en los actuales sistemas de dominación, tal vez no en relación a esa rigidez que ha definido formalmente a los movimientos totalitarios prototipos, pero sí en cuanto a su carácter de dominación "total", de poder que se extiende y penetra a través de técnicas sutiles pero cada vez más eficaces y que muchas veces son impulsadas por la dinámica del propio sistema, y no como medidas instauradas de ex profeso por el Estado.

El surgimiento de los regimenes totalitarios constituyó un fenómeno social e histórico de la primera mitad del siglo XX; "la cosecha de una civilización de masas" ³⁰. A pesar de que cada uno guardó importantes características y matices propios, llegaron a perfilarse ciertas semejanzas que han permitido identificarlos teóricamente dentro de una misma categoría.

En estos términos generales, algo que constituyó un denominador común de los movimientos que encabezaron tanto Lenin (más tarde Stalin), Mussolini y Hitler, es el hecho de que obtuvieron el poder no sólo a través de acciones violentas sino también mediando las formalidades constitucionales, para lo cual invocaron en sus pueblos las emociones más a flor de piel. Aunque el impulso del movimiento soviético fue la idea del comunismo y,

30. *Ibidem*, pág. 145

paradójicamente, los movimientos fascistas italiano y alemán se presentaron como una reacción de temor violento frente a la expansión de aquella, en los tres casos el poderío del Estado estuvo determinado principalmente por la fuerza del caudillo del partido en el poder. Disciplinado, centralizado, adoctrinado y privilegiado, el partido ocupó todos los puestos claves del Estado y de la vida nacional, al grado de que las facultades oficiales parecían no tener límites; no se admitía ningún elemento de la vida social como ajeno a la dirección del gobierno. De esta manera se posibilitaba el poder absoluto y totalitario que calificó a estos regímenes.

Leonard Schapiro reconoce la presencia y fuerza del líder, el sometimiento del orden legal, el control de la moral privada, la movilización continua y una legitimidad basada en el apoyo masivo, como los contornos que definen al régimen Totalitario, impulsados y apoyados, naturalmente, por aparatos como el partido, el ejército y la policía, y por instrumentos tales como la violencia, la manipulación ideológica, la propaganda, el espionaje, la monopolización de los medios de comunicación pública, etc. ³¹.

Muchos de los planteamientos de Schapiro son retomados del estudio sobre los orígenes y características del Totalitarismo de Hannah Arendt, quien destaca sobre todo dos rasgos esenciales de este sistema de dominación: la movilización masiva y el papel del terror, sin dejar de vislumbrar la estrecha interrelación

³¹. SCHAPIRO, L., El Totalitarismo, cap. II.

entre ambos y otra serie de características importantes a las que a continuación hago referencia.

Los movimientos totalitarios se sustentan en la pretensión de organizar a las masas, y se afirman hasta el final con el apoyo de las mismas, precisamente porque los individuos aislados y atomizados que las conforman, posibilitan una dominación permanente y global de cada individuo en todos los ámbitos de su vida; de hecho, el objetivo de las ideologías totalitarias se centra más en la transformación de la propia naturaleza humana, que en la del mundo exterior o en la revolución de la sociedad ³².

Este dominio totalitario en los regímenes comunistas y fascistas, se ejerció tanto por medios externos como lo fueron la imagen de un Estado Corporativo que, frente a la depresión económica y con ciertas tendencias socialistas, prometía dirimir las disputas entre el capital y el trabajo, cumpliendo las exigencias de seguridad y bienestar social, así como su máquina de violencia (policía y ejército), reforzada por la policía secreta y las milicias del partido en el poder. Pero junto a estos medios externos, existían otros a través de los cuales era posible dominar y atemorizar desde adentro. Tal intimidación, a modo de "guerra psicológica", se logró inculcando una ideología cargada de exacerbado nacionalismo e inspirada en la amenaza constante del enemigo (llámese judíos, comunismo o capitalismo), que despertó olas de temor, odio y envidia, contribuyendo así a

³². ARENDT, H., Los orígenes del Totalitarismo, cap. XII.

la atomización y aislamiento de los individuos.

Con la extensión del uso de nuevos métodos técnicos ³³ y tras el monopolio de los medios de información y comunicación, la propaganda se convirtió -a raíz de la década de los 30's- en uno de los instrumentos claves para el adoctrinamiento y manipulación de las masas. Considerando que los objetivos principales que persigue la manipulación ideológica en general es la de sembrar legitimidad, la de anestesiar y movilizar, Goebbels, quien fuera jefe del Ministerio de Educación y Propaganda durante el gobierno de Hitler y quien a raíz de entonces se convertiría en uno de los grandes teóricos de la propaganda de masas, contemplaba la propaganda nazi en dos sentidos: uno hacia el exterior del partido y de Alemania, orientada a reclutar seguidores mediante la generación de una imagen pacifista, y otro hacia el interior exaltando el cariz nacional y socialista del Estado, así como apelando a los sentimientos e instintos profundos de la población, no tanto con el fin de conformar opiniones sino de movilizar, de exaltar formas cotidianas de participación del poder, tal como lo fueron las reuniones masivas y las manifestaciones callejeras, los comités locales de vigilancia y las fuerzas de choque.

33. Schapiro habla de la gran importancia que tuvieron los modernos instrumentos tecnológicos en el surgimiento del Totalitarismo, en el sentido de que la rapidez del transporte, la modernización de las armas y medios de vigilancia, así como el surgimiento de la telegrafía sin hilos y la telefonía, por ejemplo, hicieron posible imponer con rapidez y uniformidad las normas y la universalidad del juicio, permitiendo al líder penetrar directamente en los hogares de una población grande y dispersa. SCHAPIRO, L., op. cit., cap. III, pag. 74-122.

Aludir al "cientificismo" de sus afirmaciones, presentándolas como racionales, es otra característica de la propaganda totalitaria que se ha hecho bastante popular en todas las prácticas publicitarias y propagandísticas de la actualidad. Con esta alusión, y alternando con la ambientación de una "atmósfera del secreto" y la práctica de un "periodismo amarillo", la propaganda totalitaria -dice Arendt- no sólo apoyaba una política de engaños sino que además posibilitaba el aislamiento de las masas en un mundo ficticio, recreado, que por momentos les permitía escapar de la realidad, de la crudeza que la experiencia impone en una sociedad competitiva cada vez más fragmentada.

Otro mecanismo intimidatorio y tal vez el más importante por ser la esencia de la forma de gobierno totalitario, es el terrorismo que, como menciona Arendt, atrajo en el inicio tanto a la élite intelectual como al populacho pues se manifestaba en una especie de filosofía a través de la cual podía expresarse el resentimiento, la frustración y el odio ciego que desencadenaba sobre todo la explotación de los agravios nacionalistas. Además, bajo el apoyo coordinado de la propaganda totalitaria y la violencia ensalzada en los campos de concentración, en las famosas "purgas" y en la zozobra de las denuncias y las repentinas desapariciones, el terror era justificado con promesas de gloria, felicidad y grandeza futuras; como una lucha que no sólo había que aceptar sino también sostener frente a la presencia del enemigo.

El papel del terror para el líder totalitario no constituía un simple medio supresor de la oposición, no consistía sólo en asustar a la gente para someterla, sino también para atomizar a cada individuo de su familia, amigos o cualquier asociación libre; constituía sobre todo un elemento clave para esa transformación de la naturaleza humana en la que ha centrado su objetivo la ideología totalitaria. El totalitarismo, según sostiene Arendt, no busca una dominación despótica sobre los hombres, sino un sistema donde éstos sean superfluos, carentes de espontaneidad y previsibles en el pensar y el actuar, es decir, totalmente controlables; sólo así se abre paso a un poder que lejos de mantenerse por la imposición emanada de fuerzas externas, encuentra su eficacia en la disciplina emanada del propio individuo, en la autovigilancia.

Este intento por destruir el mayor obstáculo para el dominio total del hombre, esto es, la imprevisibilidad, la espontaneidad, se enfocó hacia la instauración de un estilo de vida que alimentara el aislamiento y la impotencia de los individuos, que a la vez habían condicionado el surgimiento de esta forma de dominación. A modo de mancuerna, la propaganda y el terror lograron aprovechar y sostener esta fragmentación social, creando un ambiente de temor y desconfianza que se traducía en una red de "espionaje úbicuo", omnipenetrante, al margen del habitual quehacer de la policía especializada. Bajo la presión de la violencia y la amenaza, y a través de la "sospecha mutua" y la "denuncia voluntaria", toda la sociedad tomaba parte en la

alteración y mutilación de las relaciones sociales, al grado de que nadie podía sentirse seguro ni en la propia intimidad de su hogar por temor a que entre su familia se hallase un común "informador" 34.

Todos estos rasgos mencionados, junto a otras características particulares, propias de la dinámica de cada sociedad, han definido a los regimenes totalitarios prototipos (Fascismo italiano, Alemania nazi y Rusia stalinista), o por lo menos pueden reconocerse como constantes en la mayoría de los análisis que sobre éstos se han hecho. Pero aunque su identificación resulte de primera instancia clara, el uso del término "totalitario" o "totalitarismo", a partir sobre todo de la Segunda Guerra Mundial, para explicar o analizar otras sociedades de estructura y contextos diferentes, ha despertado controversias dentro de la familia de las disciplinas sociales. e incluso ha sido utilizado políticamente por las "democracias occidentales" para justificarse, contrastando en un discurso maniqueo la "Ideología para el mundo libre", con la que se autodefinen, de la "Ideología para la esclavitud", con la que asocian principalmente a los países del bloque socialista.

Se ha intentado diferenciar con la mayor precisión posible, por ejemplo, la dictadura del totalitarismo, pero resulta que en lo respecta a la base y fuerza del sentido común, los elementos que pudieran ser característicos de cada uno de estos regimenes parecen confundirse e incluso traducirse en lo mismo, cuando de

34. Cfr. ibidem y SCHAPIRO, L., op. cit., cap. III, pág. 91.

Injusticia, violencia y falta de libertad se trata.

Sus definiciones resultan difíciles pero es evidente que las matizaciones entre un régimen totalitario y una dictadura existen si no, no se les identificaría a cada uno como tal. Sólo que las diferencias no se manifiestan tanto en los objetivos e instrumentos para lograrlos, pues de alguna manera la violencia, la propaganda y el pensamiento ideológico, entre otros, se utilizan por igual en el juego por el poder y la dominación; sin embargo, la forma e intensidad que adquieren por el impulso y la orientación que se les da, varían de un régimen a otro.

Los autores que reconocen al "totalitarismo" como algo cualitativamente diferente a una fuerte dictadura, sustentan su opinión sobre un aspecto que ellos consideran característico del régimen totalitario y que ha subsistido a las similitudes que se hayan podido establecer con otros sistemas de dominación. Este aspecto consiste en la carencia completa de una distinción de áreas de poder y responsabilidad, es decir, de aquello que según el pensamiento político europeo ha sentado las bases del Estado: la existencia de un conjunto de instituciones interconectadas e interdependientes, cada una con derechos y funciones diferentes que, dentro de ciertos límites, les permiten preservar un margen de independencia frente al orden legal que las rige ³⁵.

Aunque el régimen totalitario "no es un 'modelo' de gobierno definitivo e inmutable, sino algo que tiene más bien la naturaleza de un espectro, con grados variables de intensidad y

35. Ibidem, cap.V

totalidad", el sometimiento del orden legal, la ausencia de instituciones u órganos de poder discretos y separados, lo distinguen con claridad ³⁶.

Sin embargo, otros autores ³⁷ opinan que lo totalitario no es sólo una coordinación política terrorista de la sociedad, sino también una coordinación económica-técnica que, de acuerdo a intereses creados por distintos grupos de poder, actúan mediante la manipulación de las necesidades, a un nivel más llano de las prácticas sociales cotidianas. Juzgan que el control de un todo represivo no es rasgo exclusivo de los regímenes totalitarios prototipos, sino que éste se ha instaurado también en las democracias modernas (masivas e industriales) pero bajo formas externas diferentes como lo son un sistema pluripartidista, una prensa libre y una aparente o relativa ausencia de represión.

Contemplando ambas posiciones me parece que es igualmente válido hablar de totalitarismo aludiendo exclusivamente a los regímenes prototipos, así como para referirse al sistema de dominación que desde éstos y con matices y grados diferentes, se ha expandido incluso a aquellos regímenes que desde los años 30's se abanderaron como la contraparte ideológico-política del "totalitarismo" que entonces nacía formalmente y se expresaba abiertamente.

El aislamiento y el terror, impuestos francamente por aquellos regímenes totalitarios como principios categóricos de

³⁶. Ibidem, pág. 215.

³⁷. H. Marcuse y Herber J. Spiro en SCHAPIRO, op.cit., cap.V.

su pensamiento ideológico, han resultado fácilmente denunciados por Estados que suelen ubicarse al margen de tales principios; pero lo cierto es que actualmente, incluso en regímenes de gobierno que predicán ideales democráticos, la intimidación y el aislamiento también se practican sistemáticamente a través de las consabidas diferencias económicas y sociales que se establecen entre los sexos, entre los trabajadores comunes y los especializados, por ejemplo, y de manera mucho más indirecta a través de todos los medios de comunicación y de la impactante industria cultural, que participan tanto en la conformación de la opinión pública, como a nivel del sentir y el actuar.

De alguna manera la soledad, la desconfianza a veces hasta en uno mismo y por lo tanto el miedo y la impotencia, se han convertido en una experiencia cotidiana de nuestro siglo, como parte de la lógica con la que la misma dinámica social ha ido complicando las relaciones sociales en todos sus niveles. Cabe mencionar aquí una reflexión que hizo Horkheimer en 1949 pero que aún ahora, bajo un contexto histórico diferente, resulta válido sostenerla; se refiere a que el miedo, que desde siempre ha condicionado al individuo, se ha intensificado más allá del temor a la muerte, situándose en "la paralización en la que cayó ya el hombre en la era de la gran industria debido a su creciente prescindibilidad, por su separación del trabajo productivo, por la constante preocupación en la lucha por la existencia. La marcha del progreso hace que a las víctimas les parezca que para su bienestar lo mismo da la libertad que la falta de

libertad." 38

Dadas estas circunstancias, no sería tan exagerado considerar que la dominación totalitaria se extiende como una potencialidad y un peligro:

"Las soluciones totalitarias pueden muy bien sobrevivir a la caída de los regímenes totalitarios bajo la forma de fuertes tentaciones, que surgirán allí donde parezca imposible aliviar la miseria política, social y económica en una forma valiosa para el hombre." 39

No resulta difícil imaginar esto que dice Arendt sobre el atractivo en que podrían convertirse las famosas "fábricas de aniquilamiento" como fuentes de inspiración de soluciones rápidas a problemas que aquejan cada vez con mayor fuerza a las sociedades humanas, tales como la superpoblación, el desempleo y el desarraigo social. Basta pensar en las posibilidades bélicas que encierran, por ejemplo, las incursiones espaciales tan explotadas por la industria cinematográfica, o bien las numerosas investigaciones microbiológicas que con diferentes motivos se han venido realizando.

Sin ir tan lejos, la expansión del dominio totalitario se ha desarrollado, casi inconscientemente, sobre todo a partir del uso generalizado de instrumentos tales como la propaganda y la autovigilancia que, bajo las modalidades que presentaron durante la década de 1930 a 1940, se mostraron de gran importancia para el control masivo e individual. El desenvolvimiento científico y tecnológico ha contribuido al paulatino perfeccionamiento de

38. HORKHEIMER, M., "El Estado Autoritario", pág. 120.

39. H. Arendt, op. cit., pág. 557.

todos estos instrumentos que tienden a restringir y moldear sutilmente al individuo; incluso hoy, el temor despertado por la amenaza constante de la guerra -recurso tan utilizado en su momento por la propaganda nazi- parece cobrar mayor fuerza y eficacia, paralelamente al incremento y dramatización de sus posibilidades, aún cuando por otro lado su excesiva divulgación no logra conmover a la gente más que en aquellos momentos que, esporádicamente, permiten desviar la atención de las constantes preocupaciones generadas por la vida cotidiana.

C. El Horizonte de la guerra

La amenaza de la guerra, así como la propaganda y la autovigilancia, no han sido medios amedrentadores exclusivos de la etapa histórica del Totalitarismo, aunque en ella hayan jugado un papel determinante. En sí, el miedo a la muerte y a la vida, esto es, el temor tanto a la violencia física como a una vida truncada, sin lazos de continuidad, es una experiencia fundamental de toda guerra, que se vive de diferentes maneras dependiendo principalmente de las características que definen al fenómeno en un momento histórico determinado, y de su significado e impacto social.

Hoy, a casi una década de que finalice el siglo XX, la imagen de la Tercera Guerra Mundial constituye un horizonte cuya amenaza destaca entre todos los medios amedrentadores que podrían

Identificarse, no tanto porque su peso a nivel individual y social sea mayor que el que ejercen los problemas y preocupaciones más inmediatas, sino más que todo por la paradoja y la frustración que significa dentro de la filosofía del progreso, de la felicidad y libertad del hombre que, con todas sus variantes y críticas, continúan alimentando el discurso justificador del devenir humano.

Como un fantasma que ronda por la sociedad contemporánea, la amenaza de la gran guerra despierta, tal como sucede con las historias de terror y de misterio o con los cuentos de ciencia ficción, ese miedo tan especial que cuando se manifiesta, a veces lo hace abiertamente y en otras se esconde tras la duda o la incredulidad.

Se sabe que el enfrentamiento bélico es un capítulo constante en la historia del hombre que siempre ha recurrido al uso de las armas para culminar conflictos o para imponer violentamente voluntades ajenas, pero hoy, a partir de la intervención de la bomba atómica (Hiroshima 1945), y ante la impresionante capacidad destructiva que paulatinamente han ido cobrando las armas modernas en general, la cuestión de la guerra ha sufrido un cambio decisivo: ha dejado de ser un enfrentamiento declaradamente definido por el ataque y el contraataque, por la victoria y la derrota; se ha convertido en una amenaza permanente sobre la propia supervivencia de la humanidad, en una amenaza de autodestrucción sin precedentes pero trágicamente imaginable.

Incluso, comenta Arendt, el pacifismo de la postguerra fue una consecuencia política que derivó del temor general de la guerra y no tanto de la experiencia de ésta ⁴⁰.

Dadas las características que promete tener una nueva guerra mundial, no se la puede comparar con las del pasado, entre otras razones -menciona Bobbio- porque ninguna guerra del pasado, por cruel que haya sido, ha puesto en peligro toda la historia de la humanidad, y porque la guerra termonuclear ya no serviría a la victoria como objetivo principal; en ella vencedores y vencidos terminarían confundándose dentro del mismo destino de muerte ⁴¹.

El peligro o la posibilidad de esta nueva guerra se revela directamente en el fenómeno del armamentismo, en la acumulación masiva y competitiva de armas nucleares y químico-biológicas, potencialmente capaces de destruir prácticamente toda forma de vida sobre el planeta, incluyendo por supuesto lo que a actividades culturales y espirituales se refiere. Además, el armamentismo constituido como una gran industria, es clave en la dinámica irracional de la economía actual: si bien ha representado una amplia fuente de empleo, también ha conformado una inversión improductiva donde han sido desperdiciados abundantes recursos que ya desde hace tiempo podrían estar redundando en un mayor beneficio social.

Es precisamente en torno a las importantes implicaciones económicas, políticas y sociales del armamentismo, a su

⁴⁰. Ibidem, pág. 537.

⁴¹. BOBBIO, N., El problema de la guerra y pág. 34,35.

enraizamiento a lo largo y ancho de las relaciones internacionales, que se construye la ya tan habitual polémica sobre el, desarme que parece reducirse a una discusión sin fin entre los dos protagonistas del juego nuclear: Estados Unidos y la URSS, como si fuera el único problema o el más importante que encerrara la amenaza de un nuevo enfrentamiento mundial.

De esta manera, se escuchan muchas informaciones estadísticas sobre el arsenal bélico existente y su potencial destructivo, así como en torno a las consecuencias que podría desembocar su posible utilización. Por ejemplo, se habla del elevado gasto de la industria armamentista que resulta irracional frente a los altos índices de mortalidad infantil por desnutrición e infecciones, de la capacidad que las dos grandes potencias poseen en conjunto para destruir varias veces al planeta, y de las trágicas condiciones para la vida que desencadenaría la guerra nuclear.

Estos datos no suelen decir mucho y resultan ser superficiales, sobre todo porque su divulgación, en términos de cifras y porcentajes, no logra impactar lo suficiente como para generar en el grueso de la gente una conciencia crítica sobre la amenaza de la guerra, pero de alguna manera contribuyen a evidenciar el carácter paradójico que ha definido al progreso científico y tecnológico. De hecho, las noticias que se leen y se escuchan diariamente sobre la modernización de los misiles, sobre las protestas de diferentes grupos pacifistas y la serie de tratados o convenciones que se organizan internacionalmente para

**ESTA TESIS NO DEBE
SALIR DE LA BIBLIOTECA**

tratar lo referente a la protección del medio ambiente y al desarme, conforman en sí mismas una especie de juego paradójico:

Por un lado, toda esta información que se maneja a través de los grandes medios de comunicación masiva, parece estar enfocada a despertar temor a modo de conciencia sobre los peligros que encierra la posibilidad de una guerra nuclear, y por otro lado, ha servido para manipular a la opinión pública provocando, a través de campañas propagandísticas, una sensación de inseguridad y una percepción maniquea del peligro, frente a lo cual la expansión de la industria armamentista aparece justificada como una imperiosa necesidad.

En este sentido, la humanidad se ha hundido en un círculo vicioso: al mismo tiempo que los países se arman con la idea de protegerse, aumentan la tensión entre sí; la propia sensación de inseguridad alimenta violentas turbulencias políticas internacionales que facilitan los conflictos y dan credibilidad a la confrontación nuclear, aún en su incertidumbre.

Son varias las posiciones que se han desencadenado respecto al significado actual de la guerra y a sus posibilidades, pero en términos generales Norberto Bobbio, por ejemplo, las agrupa en dos: aquella que, aún admitiendo su trágico potencial, sostiene que la guerra es un mal necesario para el progreso moral, cívico y técnico, y aquella que considera la guerra como un "camino bloqueado" en el laberíntico devenir de la sociedad humana ⁴².

Dentro de esta última posición se encuentran, por un lado,

42. ibidem

los pacifistas, aquellos que la vislumbran como una posibilidad real pero condenada e injustificable por los valores humanos más comunes, y ante la cual se vuelve imperante forjar una conciencia que no menosprecie ningún esfuerzo por eliminarla. Por otro lado están los que estiman que la guerra termonuclear está destinada a desaparecer o a suspenderse ilimitadamente porque ya no sirve como medio para resolver las grandes controversias internacionales, dado que se ha convertido en algo igualmente catastrófico para ambos contendientes; esta situación, sostienen, permiten sentar la fe en el "equilibrio del terror", "por el cual la paz se confiaría no al tradicional e inestable equilibrio de poder sino, por el contrario, a una nueva y más estable forma de equilibrio, el de la impotencia (terror paralizante)."⁴³

En contraposición a este discurso del "equilibrio del terror", que tiende a garantizar el que la guerra resulte ser algo imposible, Cornelius Castoriadis opina que tal idea es absurda por varias razones. Entre otras cosas afirma que, dado el nivel que alcanzaría la confrontación nuclear y el estado actual y previsible de las tecnologías y de los medios disponibles por parte de Estados Unidos y Rusia, las nociones de "equilibrio" y "desequilibrio" carecen de sentido. Ambas potencias se encuentran más allá del equilibrio; cada una posee -dice- la capacidad nuclear destructiva superior a la necesaria para devastar varias veces una población⁴⁴.

43. Ibidem, pág. 31.

44. CASTORIADIS, C., Ante la guerra, pág. 44.

Pero incluso al margen de estas posibilidades de destrucción masiva, las pretendidas estimaciones exactas que se hacen sobre las capacidades de cada uno de los adversarios también resultan absurdas, desde el momento en que hay una serie de elementos como los errores de cálculo, de razonamiento o de técnica, que crean grandes márgenes de incertidumbre para uno y otro bando, y que por lo mismo incapacitan a los Aparatos dirigentes para "controlar racionalmente" tanto el proceso que conduce a la guerra, como la propia conducción de ésta.

Además, para Castoriadis la representación o divulgación de las consecuencias de la guerra nuclear como "daños inaceptables", de la que se vale mucho el discurso del "equilibrio del terror" para sustentar su teoría sobre la imposibilidad de esta guerra, no son suficientes para suprimir su posibilidad efectiva. A pesar de la abundante experiencia histórica, escribe, "se olvida que ya no puede hablarse de <<daños inaceptables>> cuando los adversarios combaten con la espalda contra la pared, cuando lo que está en juego es todo." Por lo mismo, continúa, tampoco puede hablarse de "objetivos de guerra" que puedan limitar sus medios, pues "en el presente caso, los <<objetivos>> se transforman en la pura y simple oportunidad de sobrevivir, y esto suprime cualquier limitación de los medios." 45

De acuerdo con esto último, puede deducirse que debido al perfeccionamiento técnico de los instrumentos de violencia, se ha roto toda correspondencia entre objetivos políticos y el uso

45. Ibidem, pag. 49,47.

efectivo de un conflicto armado, precisamente por su potencia destructiva. Tal parece que en la tesis que sostuvo Clausewitz referente a la guerra como una continuación de la política por otros medios ⁴⁶, no cabe el caso de la Tercera Guerra Mundial; si bien su amenaza continúa siendo un motivo de las relaciones políticas, su calidad instrumental ha variado.

La nueva relación de la guerra como instrumento político está precisamente en su amenaza, en su incertidumbre. En este sentido, Hannah Arendt sostiene que la carrera armamentista ya no es una preparación para la guerra como parece, y que la meta racional del llamado "juego apocalíptico entre las superpotencias" no es la victoria sino la intimidación; que ahora, en base a la mutua capacidad de destrucción total de que disponen tanto los Estados Unidos como la Unión Soviética, el armamentismo "sólo puede justificarse con la idea de que una creciente intimidación es la mejor garantía de paz" ⁴⁷.

Aún así, y a pesar de que este temor se ha hecho habitual, anestesiado frecuentemente por la impotencia pero sobre todo por las preocupaciones y satisfacciones más inmediatas que genera la vida cotidiana, la amenaza de la "guerra", del gran acontecimiento sin precedentes, permanece constantemente sobre la humanidad como una posibilidad real de aniquilación. Permite decirlo la evidente ruptura que se ha establecido entre el progreso de la ciencia y el desenvolvimiento de la humanidad, los

46. CLAUSEWITZ, K.V., "Sobre la naturaleza de la guerra".

47. ARENDT, H., Sobre la violencia, pág. 9.

arrebatos del poder, así como la disponibilidad de armas que por primera vez en la historia pueden destruir toda manifestación de vida en el planeta, y que sin ser utilizadas contribuyen a avivar los conflictos y a aumentar la miseria.

Es un hecho que, consciente o inconscientemente, querámoslo o no, la humanidad vive la imagen de la guerra como un miedo latente, como un horizonte que permanece frente a ella amenazante, y al que mira tan sólo de vez en cuando.

CONCLUSIONES

El desenvolvimiento paradójico del progreso que, bajo la connotación de avance, de libertad y felicidad del hombre, se había consolidado formalmente a partir del siglo XVIII como eje utópico de la "modernidad", ha desencadenado desconfianza frente a las implicaciones del desarrollo científico y tecnológico, por ejemplo, e implícitamente ha modificado su carácter de móvil social.

Aún cuando la idea de progreso continúa siendo utilizada plenamente por el discurso político moderno, su valor legitimante ya no tiene respuestas inmediatas o incondicionales; incluso podría decirse que, dada la creciente complicación del todo social, han quedado cancelados por sus propias prácticas y situaciones los proyectos totalizadores, tal como lo fueron el capitalismo o el socialismo. La filosofía del progreso se entierra así misma renunciando a autocriticarse, a hacer fluir esas críticas surgidas a partir de sus duras desavenencias y de continuo ahogadas por el propio discurso apologetico de sus triunfos.

Es cierto que el progreso no puede negarse rotundamente en el sentido de que el desarrollo científico y tecnológico ha sido evidente, pero sí en cuanto al resquebrajamiento de las promesas de bienestar social y universalidad que originalmente guardaba. En este sentido, es importante reconocer que el perfeccionamiento de los medios de producción, la comodidad y la funcionalidad de la vida, entre otras cosas, no han hecho más libre y feliz al

hombre, ni su impacto ha sido igual de prospero para todos.

Por el contrario, la dinámica de la sociedad industrial contemporánea ha inducido formas de control que han resultado ser más efectivas, sobre todo porque el hombre ha aprendido a interiorizarlas y porque, deslizándose sutilmente a lo largo de una serie de aparentes libertades, se han filtrado por casi todos los ámbitos que rodean al individuo. Esta forma de dominio, impulsada desde diversos medios, no logra borrar permanentemente la incertidumbre frente a los fundamentos y enigmas del mundo actual; más bien la alimenta y se sirve de ella.

Hoy el anhelo y la desconfianza hacia el "progreso" se confunden y el hombre, a nivel de su vida cotidiana y del destino global de la humanidad, es presa de miedos bien conocidos como el fracaso, la estrechez económica y la posibilidad de una Tercera Guerra Mundial; miedos que por su carácter latente y su generalidad, hacen del temor un fundamento del sistema actual.

Todo esto permite identificar una reversión del progreso contra el hombre; precisamente cuando éste tiene las posibilidades para ser más libre y autodeterminarse, es cuando se vuelve más temeroso, impotente y conformista. Partiendo de esto, no podría definirse al hombre contemporáneo como mejor o peor que sus antecesores, no podría decirse que conoce más o que sufre menos que aquellos en su contexto, pero sí que hoy, escondido tras la multitud, el individuo parece estar más solo.

Como los individuos, y ante la discontinuidad de los proyectos totalizadores de la modernidad, la historia también

tiende a disgregarse, apareciendo unificada rotundamente por la posibilidad de la guerra nuclear, siendo ésta tal vez la mayor paradoja a la que ha conducido el desarrollo del progreso.

El Horizonte de la Guerra enmarca el escenario de la vida del hombre contemporáneo, llena de temores y miedos; no sólo representa uno de los medios amedrentadores más efectivos, sino es también el resultado de la creciente complejización de las relaciones sociales y de la totalización de un poder cada vez más impersonal, ante el cual la sensación de impotencia tiende a mitigarse en el conformismo y escepticismo contemporáneos.

Frente a esta problemática de la convivencia del germen de liberación y la represión, de la reversión del progreso, podría decirse que la discusión de los hoy llamados "posmodernos", es la última creación de la modernidad, y que a pesar de venir desarrollándose ya desde hace algunas décadas y aún sin definirse bien a bien, ha sido también motivo de la moda entre artistas e intelectuales.

Sin ser una propuesta en sí, sino más bien una forma de estar, una actitud filosófica y política ante el enigmático devenir del mundo actual, los posmodernos vienen siendo una continuación de la de los miembros de la Escuela de Frankfurt; como ya lo hacían ellos, los posmodernos también sostienen la imposibilidad de un proyecto globalizador, y reconocen la existencia y validez de las prácticas locales por sí mismas.

Esta actitud suena un tanto pesimista cuando se trata de reconocer la "finitud" del hombre, pero quizás la intención que

encierra es otra. En términos de Lyotard, por ejemplo, el que ya no pueda creerse en los grandes relatos o programas totalizadores, no invalida la existencia y credibilidad de esos millares de historias o relatos pequeños o no tanto, que continúan dando cuerpo a la vida cotidiana. De cualquier manera resulta difícil imaginar el devenir de la humanidad tan sólo en esos términos, sobre todo cuando uno, aún criticándolo, continúa inmerso en la dinámica que genera la esperanza de un proyecto globalizador; pero además porque la estrecha interdependencia y la gran complejidad de las relaciones sociales, evocan la existencia de un camino que de alguna manera comparte la humanidad.

Pero sin duda lo que se vuelve más difícil es pensar en dónde sería posible, si lo es, fundar esperanzas, aunque imaginando que la marginalidad difícilmente desaparecería tanto en la ambigüedad que implica un programa totalizador, como en la que encierra la dinámica de los proyectos locales, por lo menos ésta continuará siendo un espacio para aventurarse en el encanto y desencanto de nuevas y viejas esperanzas, aún cuando en el TODO que determina al individuo y del que éste es parte integral, no signifique NADA.

BIBLIOGRAFIA

ALLPORT, Gordon M. y Leo Postman, Psicología del rumor, Editorial Psique, Buenos Aires, c.1982, 237 p.p.

ARBATOV, J., et. a^{l.}, La manipulación del hombre por el imperialismo, Col. 70, no.133, Editorial Grijalbo, México, 1974, 156 p.p.

ARENDT, Hannah, La Condición Humana, Editorial Seix Barral, Barcelona, 1974, 432 p.p.

-----, Los orígenes del Totalitarismo, Col. Ensayistas, no.122, Taurus Ediciones, Madrid, 1974, 618 p.p.

-----, Sobre la Violencia, Editorial Joaquín Mortiz, México, 1970, 96 p.p.

BADURA, Bernhard, Sociología de la comunicación, Editorial Ariel, Barcelona, 1979, 213 p.p.

BECKER, Ernest, El eclipse de la muerte, Col. Popular, no.163, Fondo de Cultura Económica, México, 1977, 426 p.p.

-----, La lucha contra el mal, Fondo de Cultura Económica, México, 1977, 278 p.p.

BELL, Daniel, Las contradicciones culturales del capitalismo, 2 ed., Col. Alianza Universidad, no.195, Alianza Editorial, Madrid, 1982, 264 p.p.

BOBBIO, Norberto, El problema de la guerra y las vías de la paz, Editorial Gedisa, Barcelona, 1982, 204 p.p.

CAMPILLO, Antonio, Adios al Progreso, Editorial Anagrama, Barcelona, 1985, 126 p.p.

CAMPS, Victoria, "El sentimiento irónico de la vida". en Vuelta, no.126, México, mayo 1987, p. 40-41.

CANETTI, Elias, Masa y Poder, 4 ed., Muchnik Editores, Barcelona, 1982, 496 p.p.

CLASTRES, Pierre, "Arqueología de la violencia: la guerra en la sociedad primitiva", en Investigaciones en antropología política, Col. Hombre y Sociedad, no.4, Editorial Gedisa, México, 1987, p. 181-216.

CLAUSEWITZ, Karl Von, "Qué es la guerra", en De la Guerra, Editorial del Científico Social del Instituto del Libro, La

Habana, 1969, p.13-30.

EUDES, Y., La colonización de las conciencias, Col. Mass Media, Editorial Gustavo Gill, México, 1984, 287 p.p.

FOUCAULT, Michel, El orden del discurso, Col. Cuadernos Marginales, no.36, Tusquets Editores, Barcelona, 1983, 64 p.p.

-----, Vigilar y Castigar, 9 ed., Siglo XXI Editores, México, 1984, 314 p.p.

FREUD, Sigmund, El malestar en la cultura, 11 ed., Col. El libro de bolsillo, no.280, Alianza Editorial, Madrid, 1986, 240 p.p.

-----, Psicología de las masas, 8 ed., Col. El libro de bolsillo, no.193, Alianza Editorial, Madrid, 1986, 205 p.p.

GRUNDY, Kenneth W. y M.A. Weinteln, Las ideologías de la violencia, Editorial Tecnos, Madrid, 1976, 128 p.p.

HABERMAS, Jürgen, Ciencia y Técnica como "Ideología", Editorial Tecnos, Madrid, 1986, 181 p.p.

-----, "El fin de una utopía", en La Jornada semanal, México, año uno, no.23, 24 de febrero, 1985, p. 1-13.

-----, "La Modernidad inconclusa", en Vuelta, no.54, México, mayo 1981, p. 4-9.

HELLER, Agnes, "Individuo y comunidad. ¿Contraposición real o aparente?", en Historia y vida cotidiana, Col. Nuevo Norte, no.6, Ediciones Grijalbo, Barcelona, 1972, p.97-121.

-----, La revolución de la vida cotidiana, Ediciones Península, Barcelona, 1982, 203 p.p.

-----, Teoría de la Historia, Col. Libro Historia, no.11, Editorial Fontamara, Barcelona, 1982, 280 p.p.

HENRY, Jules, La cultura contra el hombre, Siglo XXI Editores, México, 1967, 437 p.p.

HORKHEIMER, Max, Crítica a la Razón instrumental, 2 ed., Editorial Sur, Buenos Aires, 1969, 196 p.p.

-----, "El Estado Autoritario", en Palos de la Crítica, no.1, México, julio-septiembre, 1980, p. 112-135.

----- y Theodor W. Adorno, Dialéctica del Iluminismo, 2 ed., Editorial Sur, Buenos Aires, 1969, 303 p.p.

LECHNER, Norbert, La conflictiva y nunca acabada construcción del

orden deseado, FLACSO (Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales), Santiago-Chile, 1984. 201 p.p.

LEFEBVRE, Henri, La vida cotidiana en el mundo moderno, Col. El libro de bolsillo, no.419, Alianza Editorial, Madrid, c.1972, 255 p.p.

LYOTARD, Jean-Francois, La Posmodernidad (explicada a los niños), Col. Hombre y Sociedad, no.22, Editorial Gedisa, Barcelona, 1987, 123 p.p.

-----, "Reglas y Paradojas", en Revista Universidad de México, no.437, México, Junio 1987, p. 3-9.

MARCUSE, Herbert, El Hombre Unidimensional, Editorial Joaquín Mortiz, México, 1968, 273 p.p.

-----, Eros y Civilización, Editorial Joaquín Mortiz, México, 1965, 282 p.p.

ORWELL, George, 1984, 8 ed., Col. Destino libro, no.54, Ediciones Destino, México, 1984, 263 p.p.

PAZ, Octavio, "El Romanticismo y la Poesía Contemporánea", en Vuelta, no.127, México, Junio 1987, p. 20-27.

RUCH, Floyd L. y Philip G. Zimbrano, Psicología y Vida, Editorial Trillas, México, 1975, 560 p.p.

SCHAPIRO, Leonard, El Totalitarismo, Col. Breviarios, no.312, Fondo de Cultura Económica, México, 1981, 234 p.p.

SCHILLER, Herbert I., Comunicación de masas e Imperialismo yanqui, Editorial Gustavo Gili, Barcelona, 1976, 174 p.p.

-----, Los manipuladores de cerebros, Editorial Gramica, Argentina, 1974, 237 p.p.

SEARA Vázquez, Modesto, La Hora Decisiva, Editorial Joaquín Mortiz - Planeta, México, 1986, 334 p.p.

THOMSON, David, Historia Mundial de 1914 a 1968, Col. Breviarios, no. 142, Fondo de Cultura Económica, México, 1985, 269 p.p.